



“Los caciques coras y la conquista de la sierra”

p. 263-332

*Caciques, intérpretes y soldados fronterizos
Actores indígenas en la conquista del Nayar, siglo XVIII*

Raquel E. Güereca Durán

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2022

568 p.

Cuadros, mapas, ilustraciones

(Serie Historia Novohispana 112)

ISBN 978-607-30-6311-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/785/caciques_nayar.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS CACIQUES CORAS Y LA CONQUISTA DE LA SIERRA

En las diversas narraciones sobre la conquista del Nayar, empezando por la del jesuita Ortega, aparecen de forma recurrente menciones de los caciques coras y su actuación; desde el proceso de negociación que los llevó a la ciudad de México en 1721, así como la pretendida “traición” en contra del rey y su representante en Nueva España, hasta sus acciones frente a los soldados españoles de las campañas de Juan de la Torre y Juan Flores de San Pedro. Si bien es evidente que estos hombres jugaron un papel de suma importancia en tanto sus decisiones marcaron en parte el curso de los acontecimientos, hasta ahora no se les ha prestado ninguna atención. Incluso, la figura misma del Tonati ha sido poco analizada; los estudios se han centrado en su papel como “sumo sacerdote” del culto religioso establecido en la Mesa del Nayar, pero poco se ha dicho de su actuación en el plano político, de sus facultades como gobernante o su capacidad de mando sobre los habitantes de la sierra —si es que la tenía.

Además del Tonati, otros principales y caciques figuran en la documentación: algunos apoyando el proceso de conquista y otros tratando de resistirse a él, moviendo consigo a sus familias y sujetos. A continuación, veremos a detalle la actuación de estos personajes.

NOBLES Y PRINCIPALES INDÍGENAS EN LAS CONQUISTAS

El papel que desempeñaron las élites nativas en la expansión del dominio español en América en general, y en las empresas de conquista en particular, ha sido con frecuencia objeto de numerosos estudios. Y es que, sin duda, señores y principales indígenas jugaron un papel decisivo en el curso de los acontecimientos pues de ellos

dependió, en buena medida, la decisión de aliarse a los invasores europeos o, por el contrario, hacerles la guerra e intentar expulsarlos del territorio. Usualmente, los indios macehuales o sujetos a un señor solían asumir la postura de éste: colaborar o resistirse era una decisión tomada por el cacique y secundada por sus sujetos, quedando poco espacio para la disidencia a título personal.

La última década ha sido prolífica en el estudio de la actuación y motivaciones de estos señores nativos. Para los investigadores ha sido fundamental entender el contexto político previo a la llegada de los españoles a fin de comprender los conflictos que atravesaban las élites indígenas y cómo ello impactó en su postura frente al conquistador. Como ha hecho notar José Luis de Rojas, “conflicto es una palabra clave para entender los comportamientos de los señores”, situación que se hace patente en la decisión del llamado Cacique Gordo de Cempoala de aliarse con los hombres de Cortés; en la discusión entre los señores de Tlaxcala relativa a apoyar o combatir a los españoles y su inclinación por la primera opción; en Texcoco, cuyos recientes conflictos sucesorios derivados de la muerte de Nezahualpilli favorecerían la alianza de Ixtlixóchitl con Cortés, entre otros muchos ejemplos.¹

Así, estos trabajos han mostrado la importancia de entender la política indígena para analizar el actuar de las élites nativas y ofrecer explicaciones complejas que tomen en cuenta el peso de los actores indígenas, individuales y colectivos, en tales procesos.² Estas interpretaciones han sido posibles, en parte, gracias a la aparición de documentación generada por la nobleza indígena del centro de México en el siglo XVI para reivindicar su participación en las campañas de

¹ José Luis de Rojas y Gutiérrez, “Idas y venidas: los nobles indígenas mesoamericanos antes y después de la Conquista Española”, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, v. 41, n. 2, 2011, p. 243.

² Véase al respecto José Luis de Rojas y Gutiérrez, “La nobleza indígena de México ante la conquista española”, *Revista Trocadero*, Cadiz, Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, de América y del Arte de la Universidad de Cádiz, n. 19, 2007, p. 55-67; Michel R. Oudijk y Matthew Restall, “Mesoamerican conquistadors in the sixteenth century”, en *Indian Conquistadors. Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*, edición de Laura E. Matthew y Michel R. Oudijk, Oklahoma, Universidad de Oklahoma, Norman, 2007, p. 28-64.

conquista. En estas cartas y probanzas dirigidas al monarca español, los señores indígenas y sus descendientes hacen énfasis en su actuación a partir de que los españoles llegaron a sus tierras, además del papel que desempeñaron en la conquista de México-Tenochtitlan y en las campañas posteriores de conquista y expansión, empleando tal información como argumento para hacer valer sus derechos señoriales originados en tiempos prehispánicos.³ En ellas, es posible ver que los nobles indígenas emplearon diversos términos para aludir a su participación en las conquistas: ayuda, socorro, auxilio, fueron los más frecuentes, aunque “dar amistad” y “dar servicio” aparecen también en las fuentes primarias, particularmente en aquellas escritas para la autoridad hispana. En otros textos, los indios hablan directamente de haber ido a conquistar: así aparece, por ejemplo, en los “Anales coloniales de Tlatelolco, 1519-1633”.⁴

Las estrategias de expansión y los mecanismos de conquista empleados por los españoles en la cuenca de México se replicaron en las empresas conquistadoras subsecuentes, dentro del territorio mesoamericano pero también más allá de sus fronteras. Así, de forma recurrente los españoles buscaron establecer alianzas con señores nativos para facilitar la empresa armada así como el establecimiento del poder hispano en el periodo temprano. En el caso peruano por ejemplo, son bien conocidos los casos de curacas como Paullo Topa, Pascac Inca, Guallpa Roca, Inquill y Guaipar, quienes fueron reconocidos por haber defendido a los españoles durante el ataque al recién establecido Cuzco en 1536, a los que posteriormente les fueron otorgadas concesiones de hidalguía en agradecimiento a su colaboración.⁵ De modo similar al caso novohispano, en la conquista de Perú se reconoce la presencia de las élites indígenas y su papel decisivo, en tanto “los señores indígenas obraron con iniciativa

³ Pérez-Rocha y Tena, *La nobleza indígena...*

⁴ “1538 Inin xihuitl chicome tochtli mixtla yaque tlatilolca tepehuato”, traducido por Barlow como “1538 Este año 7 tochtli fueron los tlatilolca a Miztlán; fueron a conquistar”. *Anales coloniales de Tlatelolco, 1519-1633*, en Robert H. Barlow, *Tlatelolco. Fuentes e historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad de Las Américas, 1989, p. 221-232.

⁵ David Cahill, “Una nobleza asediada: los nobles incas del Cuzco en el ocaso colonial”, en *Élites indígenas en los Andes. Nobles, caciques y cabildantes bajo el yugo colonial*, edición de David Cahill y Blanca Tovías, Ediciones Abya-Yala, 2003, p. 99.

política propia, decidiendo por sí mismos en qué momento les convenía efectuar el acercamiento al invasor europeo”,⁶ logrando con ello obtener posiciones favorables en la estructura de poder virreinal. Los curacas peruanos también redactarían diversas memorias dirigidas a las autoridades españolas⁷ para obtener recompensas por el apoyo dado a las huestes, tanto en las guerras de conquista como en las rebeliones de los encomenderos Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández de Girón en la década de 1540.⁸

A lo largo y ancho de la América hispana, estas élites indígenas fungirían además como un eslabón, la capa intermedia que vinculaba a la temprana burocracia novohispana con el común de la población indígena. Particularmente en los primeros años del establecimiento del dominio español, cuando las autoridades hispanas conocían poco y mal a la vasta población nativa, el papel de las élites indígenas fue fundamental pues no sólo siguieron desempeñando funciones de gobierno, sino que en varios casos se integraron a los diversos niveles de la administración virreinal.⁹ Muchos de ellos fueron reconocidos con el título de cacique, otorgado a personas que pertenecían a linajes nobles de origen prehispánico. Los primeros títulos de cacique fueron dados por el rey en la década de 1530 a los nobles nativos que colaboraron con la corona en las empresas de

⁶ Rafael Varón Gabbai, *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 1996, p. 222.

⁷ Publicadas, algunas de ellas, en Carlos Sempat Assadourian, *Transiciones hacia el sistema colonial andino*, México, El Colegio de México, 1994 y en Waldemar Espinoza Soriano, *La destrucción del imperio de los incas. La rivalidad política y señorial de los curacazgos andinos*, Lima, Retablo de Papel Ediciones, 1973.

⁸ Karoline Noack, “Negociando la política colonial en el Perú: la perspectiva desde la región norte en los Andes centrales (1532-1569)”, en *Los buenos, los malos y los feos. Poder y resistencia en América Latina*, edición de Nikolaus Böttcher, Isabel Galaor y Bernd Hausberger, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2005, p. 205.

⁹ Véanse Margarita Menegus, “Los privilegios de la nobleza indígena en la época colonial”, en *Cuerpo político y pluralidad de derechos: los privilegios de las corporaciones novohispanas*, coordinación de Beatriz Rojas, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2007, p. 129-154; José Luis de Rojas, *Cambiar para que yo no cambie. La nobleza indígena en la Nueva España*, Buenos Aires, Ediciones SB, 2010, cap. 5 “Los señores al servicio de la administración”.

conquista. En ellos, se confirmó “el derecho de los señores naturales a no perchar ni prestar servicios personales, así como a recibir mercedes de tierras y una renta por parte de su comunidad en reconocimiento de su calidad, entre otros privilegios”. En algunos casos, el otorgamiento del título de cacique fue acompañado de un escudo de armas.¹⁰ Así, muchos *tlahtoque* o señores nativos fueron reconocidos como caciques, mientras que los *pipiltin* o nobles fueron tenidos como principales.

En el occidente de la Nueva España asistimos a procesos similares, aunque la información con la que contamos es mucho menor. No se han encontrado hasta ahora, memorias o probanzas de méritos escritas por la élite indígena que nos hablen de su actuación a la llegada de las huestes hispanas y su posterior participación en el periodo temprano de la colonización. La única fuente que podría entrar en esta categoría es la “Relación del cacique Pantécatl”, de la que por desgracia sólo tenemos la referencia consignada por fray Antonio Tello,¹¹ que no es el texto original ni completo. En ella, Pantécatl dejó constancia del importante papel que jugó su padre Xonácatl, cacique de Acaponeta, en el buen recibimiento dado a los embajadores enviados por Francisco Cortés Buenaventura a Tierra Caliente. Basándose en una tradición de sus antepasados según la cual “en tiempos venideros habían de venir a ocupar nuestras tierras, asistir y morir en ellas ciertas naciones de las partes a donde sale el sol”, el padre de Pantécatl reunió a todos los “nobles y señores” que tenía sujetos y los convenció de que “se ha cumplido ya el tiempo”, por lo que los conminó a que “sin hacer resistencia, como lo hemos hecho siempre a cuantos han querido sujetarnos, admitamos esta amistad con que nos envía a convidar esta gente

¹⁰ Margarita Menegus Borneman, “El cacicazgo en Nueva España”, en Margarita Menegus y Rodolfo Aguirre Salvador, *El cacicazgo en Nueva España y Filipinas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Sobre la Universidad/Plaza y Valdés, 2005, p. 20-21.

¹¹ Respecto a la problemática que encierra la interpretación de esta crónica, véase Rosa H. Yáñez Rosales, “Las relaciones de Tenamaztle y Pantécatl: autoría marginal en Xalisco en el siglo XVI”, en *Catequesis y derecho en la América colonial. Fronteras borrosas*, edición de Roland Schmidt-Riese, Iberoamericana-Vervuert, 2010, p. 251-270.

forastera”.¹² En cambio, frente a la llegada de Nuño de Guzmán, y viendo “los agravios que hacía”, Pantécatl y los principales indios habrían conminado a su gente a negar el bastimento y hombres requeridos por el conquistador y abandonar los pueblos para huir del castigo.¹³ No obstante, a pesar del trato recibido por Guzmán y los encomenderos nombrados por él, el cacique Pantécatl se cuidó de señalar que se había mantenido leal a la corona durante la rebelión del Mixtón, negándose a aceptar la propuesta de Colist, cacique de Cuiltlapilco, de atacar con sus hombres a los españoles de Compostela. Por el contrario, Pantécatl reivindicó la ayuda que prestó durante la rebelión del Mixtón a los españoles asentados en Ahuacatlan, y la guerra que dio para “pacificar” a Corinca, cacique rebelde de Aztatlán.¹⁴

Por el mismo documento sabemos que en occidente, los señores nativos fueron también de suma importancia en el establecimiento de las primeras instituciones del gobierno novohispano, así como en la expansión de las misiones evangelizadoras. Así, tras la Guerra del Mixtón Pantécatl se vio favorecido con la protección del capitán Juan de Villalba, quien le ofreció no perseguirlo ni provocarle daño alguno, a cambio de que volviera a su pueblo. En respuesta, Pantécatl no sólo se redujo a la vida en policía, sino que además “de ahí adelante fue buscando a los indios que andaban desparramados y los fue asentando en sus pueblos”, convirtiéndose en auxiliar del repoblamiento de la región.¹⁵

Otros principales indígenas señalados en la obra de Tello dan cuenta de la importancia de su colaboración en la penetración española; por ejemplo, tras el asesinato de los frailes de Huaynamota, diversos pueblos de reciente fundación fueron abandonados por los indios, temerosos al castigo. Para congregarlos nuevamente, dos indios principales sirvieron como emisarios para llevar a los fugitivos los mensajes y promesas de los frailes: buen tratamiento si

¹² Antonio Tello, *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco. Libro segundo*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco/Universidad de Guadalajara, 1968, p. 27-28.

¹³ *Ibidem*, p. 102.

¹⁴ *Ibidem*, p. 360.

¹⁵ *Ibidem*, p. 361.

volvían, o encarcelamiento si se rehusaban. Recibido el mensaje, dos principales que se hallaban en la sierra —uno de ellos de nombre Miguel Senecan, junto con su cuñado— convocaron una junta de todas las rancherías en las que se determinó volver a los poblados. Un tercer principal, llamado don Luis, fue el encargado de comunicar esta resolución a los frailes y de negociar las condiciones bajo las cuales se daría el regreso.¹⁶

Así, es posible que en occidente como en otras regiones novohispanas, la élite indígena se haya especializado en la interacción con la autoridad española, y en un tipo de intermediación entre ésta y el resto de la población nativa. Su labor en términos de comunicación fue fundamental: llevaban a sus subordinados el mensaje de la autoridad hispana, al tiempo que escuchan la opinión de los indígenas, siendo capaces también de influir en las decisiones tomadas por sus pueblos en virtud de la autoridad que detentaban. Ocuparon de esta manera una posición de suma visibilidad que los volvió en muchos casos vulnerables, frente a sus propios gobernados y también frente a la autoridad hispana. Como responsables de guiar y vigilar la conducta de los indios del común, no fue extraño que, en algunos casos, se les responsabilizara y reprendiera por las malas acciones de sus gobernados o directamente se les castigara por dichos actos.

Tello da cuenta de cómo él mismo utilizó a diversos principales como “rehenes” para lograr la congregación de los indios bajo su cargo. Así, relata que en 1620, se ausentó algunos días de la misión de Amatlán, y al volver la encontró despoblada, pues los indios se marcharon a Pochotitlán, a la sierra de Tepec y otros a la sierra de Ocotic, para huir de la doctrina. Con el fin de reducirlos, Tello solicitó el auxilio de “los indios principales de la sierra”: don Alonso, de Santa María la Mayor, Jerónimo del pueblo de San Francisco, don Pedro del pueblo de Ocotic, y don Miguel del pueblo de Atotonilco. Como los principales se negaron a cooperar, Tello ordenó a dos españoles que lo acompañaban aprehender a los principales y los

¹⁶ Éstas incluían que los frailes permitieran a los indios recoger el maíz que ya habían sembrado en diversos parajes serranos. Los huidos prometieron reducirse a los pueblos una vez cosechadas esas sementeras y a cambio pidieron que, mientras tanto, no se les impidiera el paso a la costa para proveerse de sal y pescado. Tello, *Crónica miscelánea...*, p. 687.



llevó al mineral de Xora en calidad de presos, al tiempo que conminaba a los huidos a volver a Amatlán. En el camino “dio con ellos una gendulada de indios de guerra, desnudos, con sus plumas y quetzales, con arcos y flechas, dando un gran alarido, enarcando los arcos, y diciendo que soltasen los presos porque si no los habían de matar”. Pero, en lugar de soltarlos, Tello mandó poner a los presos al frente de la marcha, para que los atacantes no pudieran disparar flechas a la comitiva, a riesgo de herir a los suyos. Los principales estuvieron cerca de una semana presos en Xora y no fueron liberados hasta que la mayor parte de los indios que habían huido regresaron a poblar Amatlán.¹⁷

Es importante señalar, no obstante, que para el caso del occidente novohispano no es posible trazar de forma clara el vínculo entre la élite indígena prehispánica y los caciques y principales del periodo virreinal. Ello deriva, en parte, del desconocimiento que priva sobre las formas de organización sociopolítica en los grupos indígenas de la región. Sabemos sí de la existencia de señores y principales debido a las menciones de Nuño de Guzmán y sus hombres en su incursión conquistadora en el occidente. Sin embargo, desconocemos si existían, como en otras regiones mesoamericanas, linajes nobles o si éstos estaban vinculados con el ejercicio del gobierno, pues las fuentes tempranas nada dicen al respecto. De hecho, Salvador Álvarez ha señalado el hecho de que, para 1550 en la Nueva Galicia “ni un solo pueblo de indios, ni un solo cabildo, ni tampoco ningún cacique fue reconocido formalmente como tal por las autoridades españolas”.¹⁸

Así, cuando en la documentación virreinal de la Nueva Galicia nos encontramos con las denominaciones “cacique” o “principal”, no necesariamente estamos frente a personajes de un linaje noble de origen prehispánico. En la región, ambos títulos se aplicaron de forma bastante arbitraria para referirse a ciertos personajes que mostraban tener autoridad sobre los indios. Y es que, como ha señalado Rebeca

¹⁷ Tello, *Crónica miscelánea...*, p. 824-826.

¹⁸ Salvador Álvarez, “Conquista y encomienda en la Nueva Galicia durante la primera mitad del siglo XVI: ‘bárbaros’ y ‘civilizados’ en las fronteras americanas”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, v. XXIX, n. 116, 2008, p. 164.

López Mora, el término cacique cambiaría su sentido durante el periodo virreinal, pues “a lo largo de los tres siglos de la dominación española, no todos los indios que fueron denominado como caciques tuvieron sangre noble ni contaron con la cédula real de cacicazgo”. Llamados por Menegus como “caciques advenedizos”, muchos de ellos carecían de linaje antiguo, pero fueron denominados como tales por los españoles, como una concesión dada a ciertos personajes de relevancia local o que habían probado su lealtad a la corona.¹⁹

De tal suerte, no fue raro que las autoridades hispanas se refirieran con el título de principal a los gobernadores indios de las misiones fundadas por franciscanos: por ejemplo, el obispo León Garabito se refirió como “indio principal” al gobernador de la misión de San Juan Bautista de La Marca, quien fue asesinado cuando el establecimiento fue atacado y destruido por apóstatas.²⁰ Del mismo modo, alcaldes y capitanes a guerra eran tenidos por principales en sus pueblos y se presentaban como tales ante la autoridad hispana.²¹ El título de cacique en cambio, tuvo un uso mucho más limitado por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas. Ya hemos visto que Tello se refiere con dicho título a Pantécatl y a su padre Xonácatl, caciques de Acaponeta, cuya relación se habría escrito hacia 1570. Pero en la documentación procedente del ámbito administrativo, ningún indígena de los pueblos de la costa o valles es reconocido como cacique por las autoridades virreinales. Para el caso de las fronteras de Colotlán, las autoridades hispanas sólo parecieron reconocer

¹⁹ Rebeca López Mora, “La aristocracia del pueblo: caciques advenedizos de Tlalnepantla, México, siglo XVIII”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, OpenEdition Journals, 2017, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70267> (consulta: 19 de diciembre de 2018).

²⁰ “Carta del obispo de Guadalajara Juan de Santiago y León Garabito, al rey”, Guadalajara, 17 de abril de 1679, AGI, *Guadalajara*, 57, f. 5.

²¹ Por ejemplo, en “Audencia de Guadalajara concede a Bartolomé Esteban indio natural y principal de Quiviquinta un cuarto de sitio de ganado mayor y dos cordeles más”, Guadalajara, 1697, Archivo Histórico de Instrumentos Públicos (en adelante AHIP), *Tierras y aguas*, lib. 3, exp. 30, f. 152-155; “Petición de Juan Martín, indio principal de Tepizuaque, capitán a guerra de la frontera de Tepeque, a la Audiencia de Guadalajara, de un sitio de ganado mayor y dos caballerías de tierra, realengos”, Guadalajara, 1714, AHIP, *Tierras y aguas*, segunda colección, leg. 35, v. 141, n. 6, f. 1.

caciques entre los tlaxcaltecas de la cabecera, quienes sí aparecen claramente identificados como tales en la documentación.²²

En cambio, los indios usaron con frecuencia el título de cacique para referirse a sí mismos o a sus gobernantes en diversas circunstancias: por ejemplo, en 1717 los Atotonilco, jurisdicción de Jora, en una queja contra su alcalde mayor, lo acusaron de querer obligar a pagar tributo a cierto indio, quien estaba exento “por ser hijo de caciques del pueblo de Aguacatitlan [...] y estar casado con una cacique de dicho nuestro pueblo”.²³ Para 1722, don Sebastián Antonio Victorino se ostentaba ante la autoridad española como “indio principal y cacique del pueblo de Santo Domingo de Tenzompa y gobernador actual de dicho pueblo de Tenzompa y del de San Cristóbal de la Navidad”.²⁴ Así, mientras las autoridades hispanas se mostraron cautas en el empleo del título —en razón de las exenciones y privilegios que llevaba aparejados— los indígenas parecen haberse apropiado de él y no dudaron en ostentarse como tales.

LOS PRINCIPALES CORAS ANTE LA CONQUISTA DEL NAYAR

Teniendo en cuenta la importancia de la actuación de las élites indígenas en las empresas de conquista y en el establecimiento del dominio hispano, vale la pena detenerse a observar lo ocurrido en el caso de la conquista de la Sierra del Nayar. La primera pregunta que se impone es ¿quiénes eran tenidos por principales en el ámbito serrano? Por fortuna, para identificar a los principales y caciques de esta región contamos con dos documentos fundamentales.

²² Por ejemplo, en “Querrela criminal de Joseph Silva contra los indios sublevados”, Colotlán, 4 de junio de 1707, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Indios*, v. 95, exp. 5, f. 259v, se menciona a “Lucas Pérez indio cacique y principal tlaxcalteco”.

²³ “Carta de los indios de San Juan Atotonilco a la Audiencia de Guadalajara”, Atotonilco, 27 de septiembre de 1717, Archivo de la Real Audiencia de Nueva Galicia (en adelante ARANG), *Civil*, c. 463, exp. 14, f. 3v.

²⁴ “Petición de don Sebastián Antonio Victorino a Juan Flores de San Pedro, sobre certificación de sus servicios”, presidio de San Francisco Xavier de Valero, 10 de marzo de 1722, AGN, *Provincias internas*, v. 129, exp. 2, f. 320.

El primero de ellos es la nómina elaborada por Juan de la Torre en su entrada a la sierra el 21 de enero de 1708. En ella, nos presenta un listado de las ranherías que había entonces en la sierra según declaraciones de los propios indios, así como de sus “cabezas” o, como los llama Torre, sus “magnates”, y el número de “soldados que pudieran cargar armas que los quería alistar por si se ofreciera pedirles socorro para contra otras naciones enemigas, que puso por lista los que le dijeron que había y en qué puestos estaban”.²⁵ De lo declarado por Juan de la Torre se entiende entonces que el número anotado para cada ranhería correspondería, no al total de habitantes, sino al de varones en condiciones de dar servicio en caso de guerra, es decir, excluyendo seguramente niños y ancianos. Es interesante notar que, según Juan de la Torre, la lista la hizo “en presencia de todos los magnates de la Sierra del Nayarí”.²⁶ No obstante, aunque señala el nombre de 20 ranherías, sólo nos da el nombre de los principales de nueve de ellas (véase cuadro 1).

La lista es de sumo interés debido a varios motivos. Por un lado, nos da un conocimiento aproximado del número de ranherías existentes en la sierra para la primera década del siglo XVIII, periodo hasta ahora mal documentado y del que sabíamos poco. Por otra parte, nos permite contrastar con los datos que, trece años después, arrojó la visita de los nayaritas a la ciudad de México.

En dicha ocasión, como ya he señalado, los coras entregaron al virrey un memorial en el que solicitaron que tanto el Tonati como los caciques que lo acompañaban y los que habían quedado en la sierra, siguieran gozando a perpetuidad del señorío que siempre habían tenido sobre sus tierras. Entregaron para ello, la lista de 29 caciques, empezando por el Tonati, que se harían acreedores a semejante merced (véase cuadro 2). La lista distingue entre aquellos caciques que acompañaban al Tonati en la ciudad de México y los que se quedaron en la sierra, aunque no señala las ranherías que estaban bajo el mando de cada uno de ellos, como sí ocurre en algunos casos en la lista de 1708.

²⁵ “Información de Juan de la Torre Gamboa ante Pedro Álvarez de Ron, sobre el estado del Nayar”, Jerez, 8 de noviembre de 1710, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 15-15v.

²⁶ *Idem.*



Cuadro 1
RANCHERÍAS EN LA SIERRA DEL NAYAR EN 1708

<i>Ranchería</i>	<i>Principales</i>	<i>Soldados</i>
Sacaimota del Naiari	ahí vive Joseph Guaico y Cuanarimi su mujer sus hijos	100
Aguacata	hace cabeza Joseph Andrada sus hijos son	40
Cuisca	Don Pedro Marmolejo	54
Santiago	Alonso de León	16
San Lucas	Antonio Ture	26
Meguatita	Francisco López	50
Tacualoia	Francisco Mateo	100
Tocaiche	Don Marcos	20
Guazata*	s/d	34
Mazatiaca	s/d	62
Yaucaica	s/d	55
Ainari	s/d	27
Jojota	s/d	63
Guazata	s/d	24
Otro Guazata [sic]	s/d	30
Acatimi	s/d	37
Jounica	s/d	60
San Blas de la Laguna	s/d	30
Guechocoatla	s/d	67
Los Picachos (en guarda de todos éstos)	Nicolás Mesquite y Antón Gavilán	86
TOTAL		981

* Como puede verse, Guazata aparece mencionado tres veces en la lista. De acuerdo con los autos sobre la conquista, Guazata fue el sitio elegido por los coras para emboscar a Juan de la Torre y sus hombres durante la campaña de 1721.

s/d = sin datos.

Fuente: AGI, *Guadalajara*, 162, f. 15-15v.

Cuadro 2
CACIQUES DE LA SIERRA DEL NAYAR EN 1721

<i>Los que se quedaron en la provincia del Nayar</i>	<i>Los que han cooperado en la reducción a la obediencia de su majestad</i>
Goamoca primer cacique	Don Pedro cacique
Anton caballo cacique	Don Antonio Estrada cacique
Don Alonso de Lion cacique	Don Nicolás Sapachi cacique
Don Nicolás Melchor que guarda la puerta cacique	Don Miguel cacique
Don Anton Simon cacique	Don Lazarón cacique
Gavilán cacique	s/d
Don Pedro cacique	Don Martín cacique
Don Sebastián Yocoari cacique	Don Andrés cacique
Alagona de Shalati cacique	Don Lorenzo cacique
Don Anton Concho cacique	Carrillo cacique
Don Nicolás Zapari cacique	Don Nicolás cacique
Yaogonaca cacique	Don Francisco cacique
Doña Juana cacique	Don Juan cacique
Sitali su marido	Don Pablo Felipe intérprete y escribano
Sinaconti cacique	s/d

s/d = sin datos.

Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, pocos nombres se repiten en ambas listas: es el caso de Alonso de León, “magnate” de la ranchería de Santiago en la lista de 1708 y que en 1721 aparece como Alonso de Lion. Como explicaré más adelante, Nicolás Mesquite de la lista de 1708 podría ser Nicolás Melchor en la lista de 1721. Para el resto, la identificación es incierta: Francisco López podría ser “Don Francisco cacique”; de

igual modo, Antón Gavilán podría tratarse de “Don Gavilán cacique”. No obstante, la falta de mayores datos dificulta la correlación precisa.

Y es que de los más de 30 nombres de caciques o principales que se extraen de ambas listas, sólo contamos con información relativa a unos pocos. A continuación, señalaré brevemente los datos de los caciques cuya actuación he podido individualizar a partir de las fuentes, para luego analizar distintos elementos relativos a su participación en el proceso de conquista de la sierra. Para presentarlos, iniciaré con aquellos que se mostraron abiertamente favorables a la entrada española, seguidos de los que, por el contrario, hicieron frente a los hombres de Juan de la Torre y Juan Flores de San Pedro.

El Tonati, don Juan de Acuña

Fue Alberto Santoscoy, a fines del siglo XIX, el primero en explicar la genealogía de la cual descendía el Tonati. Tomando como base la información proporcionada por Arias de Saavedra, Tello y Ortega, así como algunos documentos publicados para entonces, Santoscoy estableció que el Tonati era el séptimo descendiente de la dinastía formada por el rey Nayarit hacia el siglo XVI. El Nayarit habría gobernado la sierra, según cálculos de Santoscoy, hasta 1616.²⁷ A él tocó en suerte recibir al capitán Miguel Caldera, quien le extendió el famoso “salvoconducto”, documento en el que certificaba haber sido recibido de paz por el Nayarit y sus hombres; se bautizó —en Juchipila o Tepic según las distintas versiones— y se entrevistó en la primera década del siglo XVII con fray Miguel de Uranzu quien, según Tello, lo describió como “un pobre viejo ciego de un ojo y desnudo en carnes”.²⁸ Entre 1616 y 1672 —año en que escribió su informe fray Antonio Arias de Saavedra— habrían sucedido al Nayarit tres hombres, sin que sepamos el número de años que mandaron en la sierra: don Pedro Guainori, don Alonso Yoquari y don Luis Uristi, los tres, cristianos bautizados. El hijo y sucesor el último llevaba por

²⁷ Alberto Santoscoy, *Nayarit: colección de documentos inéditos, históricos y etnográficos, acerca de la sierra de ese nombre*, Guadalajara, Tipo-Lit. y Enc. de José María YguInstituto Nacional Indigenistaz, 1899, p. LII.

²⁸ Tello, *Crónica miscelánea...*, p. 775.

nombre Huainori, quien vivía y gobernaba en tiempo de Arias de Saavedra, y no había sido bautizado.²⁹ Santoscoy señaló que el Nayarit habría sido entonces “quinto abuelo del Tonati”, sin que se conociera el nombre del padre de éste.³⁰ No obstante, en la lista de principales elaborada por Juan de la Torre en 1708, aparece señalada en primer lugar “la cabecera Sacaymota del Naiari”, donde “vive Joseph Guaico y Cuanarimi su mujer”, ranchería habitada por 100 personas. Así, es posible que Joseph Guaico haya sido el sexto sucesor del Nayarit y padre del Tonati, lo cual explicaría que el nombre del Tonati no aparezca en esta lista de 1708, pues a la sazón la ranchería de Zacaimuta, donde se ubicaba la “casa” o templo principal del culto al Nayarit, era encabezada por su padre Joseph Guaico, quien falleció en algún momento entre 1708 y 1720, y fue sucedido por su hijo. La información publicada en la *Gaceta de México* en febrero de 1722 confirma esta hipótesis: de acuerdo con Castorena y Ursúa, el cadáver del principal ídolo de los nayaritas, que fue enviado a la ciudad de México tras la toma de la Mesa del Nayar, era llamado por los indios Guayco.³¹ Es decir que, tras su muerte y como era usual, el cuerpo momificado del padre del Tonati había pasado a ocupar uno de los cuatro sitios reservados a las deidades que recibían culto en el templo de la Mesa o Zacaimuta.

El Tonati aparece por primera vez mencionado en la documentación en marzo de 1721, cuando su comitiva se encontraba en la ciudad de México. No obstante, es posible inferir que se hallaba ya presente en las negociaciones llevadas a cabo el año antecedente con Juan de la Torre y el intérprete Pablo Felipe. Se trataba en todo caso de un hombre que había asumido el rol de principal de Zacaimuta en fecha relativamente reciente, y posiblemente, un hombre joven, a juzgar por las últimas noticias que tenemos de él, que datan de 1758.

El Tonati encabezó la comitiva que en 1721 salió de la sierra para tomar rumbo primero a Jerez, donde se les unió Juan de la Torre,

²⁹ “Informe sobre la reducción y conversión de indios bárbaros de la Sierra de Nayarit, Antonio Arias de Saavedra”, Acaponeta, 2 de febrero de 1672, AGI, *Guadalajara*, 13, r. 2, n. 22-25, f. 17v.

³⁰ Santoscoy, *Nayarit: colección de documentos...*, p. LIII.

³¹ *Gaceta de México y noticias de Nueva España*, editada por Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche, n. 2, febrero de 1722, p. 970.

luego a Zacatecas y después a la ciudad de México. Siendo reconocido como el más importante de los principales del Nayar, fue agasajado con diversos regalos y se le hicieron distinciones varias: en Zacatecas fue recibido por el corregidor de la ciudad, quien lo invitó a subir a su forlón o carruaje, le fue regalado un vestido de lana fina y permaneció la primera noche en las casas de la ciudad donde fue hospedado, mientras el resto de los principales pernoctaron en el cerro de la Bufa.³² En la ciudad de México, el virrey envió a la casa donde se hospedaban los principales, un sastre “para que le hiciese [al Tonati] un vestido a la moda, y traje que le agradase, y se lo cortó muy costoso a la española [...] Se le hizo también una capa de grana, franjeándola, igualmente que a la casaca, un bellissimo galeón” y le regaló una silla de montar bordada. Durante la primera audiencia con el virrey, le obsequió además “un bastón de maque con casquillos de oro de China”. Durante la ceremonia de obediencia que protagonizaron los nayaritas, mientras el resto de los principales ofreció una flecha “en señal de su rendimiento”, el Tonati dio al virrey su bastón y corona de plumas “que le distinguía de los otros”.³³

Durante su estancia en la ciudad de México, el Tonati parece haberse mostrado favorable en todo momento a la entrada de religiosos a la sierra para evangelizar a los indios. Ortega señala incluso que el Tonati tenía “afecto” a los españoles, “a quienes por lo menos jamás se le reconoció aversión”.³⁴ Tras acordar con el virrey las condiciones para permitir la entrada de religiosos, el Tonati aceptó bautizarse. Pero al parecer, las diligencias para ello se demoraron tanto que, en marzo de 1721, el Tonati solicitó al virrey ser bautizado lo antes posible, para poder volver pronto a su tierra, pero esto no sucedió. Para el mes de abril, cuando la comitiva decidió regresar a la sierra, el Tonati prometió bautizarse en Zacatecas, pero antes de arribar a esa

³² Ortega, José de, “Maravillosa reducción, y conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar, nuevo Reino de Toledo”, en *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en México*, edición de Francisco Javier Fluvía, prólogo de Thomas Calvo y Jesús Jáuregui, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 79-80.

³³ *Ibidem*, p. 84.

³⁴ *Ibidem*, p. 83.

ciudad, desvió su ruta y se dirigió directamente al Nayar. Como se verá más adelante, sobre el Tonati pesaban ya acusaciones de otros principales de haber enfurecido a su dios al prometer a los religiosos que serían bien recibidos en la sierra.

Una vez en el Nayar, la figura del Tonati se vuelve confusa. Se negó a presentarse ante Juan de la Torre cuando éste y sus soldados establecieron real en Peyotán; de hecho, parece que Torre nunca logró entrevistarse con él. Algunos espías enviados por los indios milicianos de San Nicolás, Nostic y Tenzompa a vigilar los tlatoles de los coras señalaron que los principales preparaban una emboscada a Juan de la Torre, pues “el jueves 16 [de octubre de 1721] vendrían todos con el Tonati y con socapa de venir a dar la obediencia muy gustosos, regalándole frutas y frutos de la tierra, mientras hablaban conmigo los principales se desparramarían todos los dichos indios a las dos compañías, derrocando a todos los soldados y destrozándolos”;³⁵ sin embargo, no hay noticias de que este plan fuera respaldado por el Tonati, quien no apareció en la emboscada, como tampoco se menciona su presencia en las diferentes batallas que se libraron en la sierra entre la hueste española y los indios gentiles. Ya para diciembre Torre señaló que se rumoraba que los principales nayaritas se preparaban para dar muerte al Tonati o, en su defecto, “lo habían de excluir del gobierno y dominio que sobre ellos tenían”,³⁶ por lo que el Tonati junto con su familia había huido o se encontraba escondido en algún paraje de la sierra. Para enero de 1722, Flores de San Pedro afirmaba que el Tonati andaba “ausentado de barranco en barranco por lo muy atemorizado que lo tenían los mismos gentiles de que lo habían de matar”.³⁷

Cuando ocurrió la toma de la Mesa del Nayar, Flores señaló que los soldados españoles habían visto al Tonati salir huyendo junto

³⁵ “Juan de la Torre informa su determinación de mover el real a San Juan Peyotán”, La puerta del Nayar, 10 de octubre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 325-325v.

³⁶ “Juan de la Torre suspende la determinación de salir a capturar al Tonati”, San Juan Peyotán, 1 de diciembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 639v.

³⁷ “Juan Flores de San Pedro informa de las acciones militares para la reducción del Nayarit”, presidio de San Francisco Javier de Valero, 2 de febrero de 1722, f. 680v-681.



con otros muchos indios, tras ver la Mesa ganada por Flores. Finalmente, el 7 de marzo de 1722, mientras Flores y sus soldados perseguían coras fugitivos por las barrancas, tuvieron noticia de que el Tonati se encontraba muy cerca. Lo mandaron llamar y el Tonati efectivamente se presentó ante Flores de San Pedro en el recién fundado presidio de San Francisco Xavier de Valero. El capitán le prometió que no se le haría ningún daño, por lo que al día siguiente el Tonati trajo consigo a su familia, que se hallaba también escondida. El mismo día fueron bautizados tres de sus hijos, teniendo por padrinos al propio Flores de San Pedro y a Miguel de Cañas, capitán español.³⁸

Consumada la conquista de la sierra, el Tonati y su familia pasaron a formar parte de la misión de la Santísima Trinidad, establecida en la misma Mesa del Nayar, donde también se hallaba el presidio de San Francisco Xavier de Valero. El Tonati fue instruido en la doctrina cristiana y sería finalmente bautizado en el año de 1724, durante la visita de presidios del brigadier don Pedro de Rivera. Éste fungió como su padrino y a partir de entonces el Tonati llevó por nombre cristiano don Juan de Acuña Tonati, en honor al entonces virrey Juan de Acuña, marqués de Casafuerte.³⁹ No volvemos a saber de él sino hasta 1729, durante una averiguación en contra de Juan de la Torre, a quien se acusó de convocar a los nayaritas “para echar fuera de la provincia a la gente de guerra y a los reverendos padres misioneros para quedarse en la libertad que antes tenían y que dicho Juan de la Torre fuese su Guitacal grande”.⁴⁰ A este llamado habrían acudido indios de diversos pueblos del Nayar —Santa Rosa, Ixactán— así como fronterizos de Huejuquilla, algunos de los cuales declararon que, al llegar a la hacienda de Juan de la Torre, habían visto con

³⁸ *Ibidem*, f. 680v-681.

³⁹ *Pedro de Rivera and the Military Regulations for Northern New Spain, 1724-1729: Documentary History of his Frontier Inspection and the Reglamento de 1729*, compilación de Thomas H. Naylor y Charles W. Polzer, Tucson, University of Arizona Press, 1988, p. 212.

⁴⁰ “Don Manuel José Carranza y Guzmán capitán comandante del Nayarit informa sobre el movimiento de convocación de los indios del Nayarit y fronteras de San Luis Colotlán”, Zacatecas, 23 de febrero de 1729, AGN, *Provincias internas*, v. 85, exp. 2, f. 87.

él “al Tonati don Juan de Acuña”, aunque logró escapar cuando las autoridades se presentaron para apresar a los convocados.⁴¹

Treinta años después, en 1758 los coras de las misiones jesuitas se alzaron y sitiaron el presidio de la Mesa del Nayar. Se dijo entonces que el alzamiento era liderado por don Juan de Acuña Tonati, aunque nada pudo probarse.⁴² Diez años más tarde su hijo, Felipe de Acuña, fue hecho preso junto con otros muchos indios, acusado de idolatrar “el ídolo de los Picachos, llamado Pinite”, al cual “reverenciaban y tributaban casi todos los del pueblo de Jesús María, muchos del de Huaynamota y algunos de este de la Mesa, entre ellos don Felipe de Acuña, hijo del Tonati, soberano que fue y gran sacerdote de esta sierra”.⁴³

*Francisco López, alias Tlacsane*⁴⁴

En la lista de magnates o señores del Nayar, elaborada por Juan de la Torre durante su entrada a la sierra en enero 1708, aparece una referencia al indio Francisco López, de quien se dice, era cabeza de la ranchería de Maguatita y tenía en ella 50 “hijos”.⁴⁵ Sin embargo, según José Ortega, el Tlacsane vivía “en lo que ahora es la misión de San Ignacio Huaynamota”, y se habría entrevistado con los franciscanos de la provincia de Xalisco Pedro de Ribera, Nicolás Barreto, Antonio López Guadalupe, José de Oliván y Atanasio de Guevara, cuando en la primera década del siglo XVIII se adentraron en la sierra. Según el jesuita, el Tlacsane “astuto bárbaro” recibió a los misioneros

⁴¹ “Declaración de Juan Santos, indio cora cristiano de San Francisco de Paula”, Zacatecas, 25 de febrero de 1729, AGN, *Provincias internas*, v. 85, exp. 2, f. 92 y 93v.

⁴² Johannes Neurath, *Las fiestas de la Casa Grande. Procesos rituales, cosmovisión y estructura social en una comunidad huichola*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2002, p. 101.

⁴³ “Declaración de Manuel de la Torre en el proceso por el delito de idolatría a varios indios huicholes de la provincia del Nayarit”, real presidio de la Mesa del Nayarit, 18 de agosto de 1768, AGN, *Provincias internas*, v. 127, exp. 3, f. 102v.

⁴⁴ Posiblemente Tlacsane sea una deformación de “tlaczani”, que de acuerdo con Molina significa “corredor que corre”, o “ligero de pies”.

⁴⁵ “Información de Juan de la Torre Gamboa ante Pedro Álvarez de Ron, sobre el estado del Nayar”, Jerez, 8 de noviembre de 1710, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 16.

con agasajo, lo cual no era sino un “artificio de su maliciosa maña, para atender a su seguridad, porque estando a la entrada [de la sierra] no tenía tanta defensa y guarnición para resistir, como los que moraban en lo interior de aquella inaccesible quebrada sierra”.⁴⁶

Es posible que el Tlacsane sea el cacique Francisco que aparece nombrado en la lista que en 1721 elaboró Pablo Felipe de “los principales quienes han sido los que han cooperado en la reducción a la obediencia de su majestad” trasladándose hasta la ciudad de México.⁴⁷ Según declaraciones del propio Tlacsane, él y su gente habrían habitado en las inmediaciones de Huaynamota antes de la entrada de los españoles.

El Tlacsane se mostró abiertamente a favor de Juan de la Torre desde que éste llegó a las puertas del Nayar y estableció su real en Peyotán. Según Torre, el Tlacsane era apóstata, pero había demostrado ser un indio fiel en quien se podía confiar. Sirvió como embajador o mensajero entre los capitanes españoles y los coras gentiles, tanto en la entrada de Juan de la Torre como en la de Flores de San Pedro,⁴⁸ incluso en ocasiones en que la relación entre españoles y coras era sumamente tensa, lo que implicaba poner en riesgo la vida del mensajero. Por ejemplo, en los primeros días de enero de 1722, cuando Flores de San Pedro recién había asumido el cargo de capitán, dos mensajeros enviados a los principales nayaritas por Juan de la Torre fueron apresados y colgados de los pies por más de un día, hasta que un indio principal se condolió de ellos y los dejó escapar. Cuando los mensajeros volvieron dando noticia de la hostilidad de los coras gentiles, Flores de San Pedro decidió enviar una nueva embajada para, en su calidad de nuevo gobernador y capitán, intentar establecer un canal de comunicación con los coras. Eligió para ello al Tlacsane, “compañero de dichos gentiles, uno de los que están dados de paz en este real, el cual dijo que desde luego estaba

⁴⁶ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 50.

⁴⁷ “Memorial de los indios nayaritas entregado al virrey en la ciudad de México”, 15 de marzo de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 256.

⁴⁸ “Juan de la Torre despacha embajador a los naturales nayaritas”, San Juan Peyotán, 23 de noviembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 637v; “Carta del gobernador Juan Flores de San Pedro dando cuenta de su llegada a la provincia del Nayar”, San Juan Peyotán, 5 de enero de 1722, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 537v.

pronto a ir aunque lo mataran sus compañeros, que si lo mataban moriría por Dios”.⁴⁹

No obstante, a pesar de la relación aparentemente cercana que el Tlacsane tenía con Flores de San Pedro, un mes después aparece nombrado entre los coras que, huyendo de la persecución orquestada por el capitán español tras la toma de la Mesa del Nayar, arribaron a Huajimic. Así, el 10 de febrero llegaron a dicho pueblo alrededor de 60 gentiles adultos “pidiendo la paz y el agua del santo bautismo” para ellos y los niños y jóvenes que les acompañaban. Con ellos iban además numerosos apóstatas, entre los que se encontraba el Tlacsane. En conjunto sumaban 237 personas que confesaron hallarse “temerosos de la compañía que ha entrado desde Zacatecas y no querer dar con ellos por parecerles mejor este lado por el conocimiento que tienen de esta tierra y el agrado de este pueblo de Huajimic”.⁵⁰ Por ello, pidieron al alcalde mayor de Hostotipaquillo que les permitiera establecer poblado en el antiguo paraje de Huaynamota, donde tenían ya platanares y sementeras, y quedar sujetos al pueblo de Huajimic, que sería su cabecera. Es decir, estos coras buscaban quedar fuera de la jurisdicción de Juan Flores de San Pedro y de la Audiencia de México, quedando sujetos a la Nueva Galicia. Como en otros casos, los gentiles y apóstatas mostraban un buen conocimiento de la forma en que funcionaba el sistema político y administrativo del virreinato, y trataban de emplearlo a su favor.

Este asunto generó una disputa entre Flores de San Pedro, quien contaba con el respaldo del virrey, y el alcalde mayor, quien era apoyado por la Audiencia de Guadalajara. Para el 6 de marzo, soldados enviados por Flores arribaron a Huajimic e intentaron llevarse por la fuerza a los coras refugiados, sin éxito. Una semana después, la Audiencia de Guadalajara favoreció a los indios en su petición. Con ello, el Tlacsane y su familia —entre quienes se contaban 5 o 6 mujeres, todas concubinas del Tlacsane— lograron su cometido de establecerse en Huaynamota, aunque al año siguiente el pueblo quedó adjudicado a la jurisdicción de Flores de San Pedro.

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ “Carta del alcalde mayor de Jora Agustín Fernández de la Cueva, al presidente y Audiencia de Guadalajara”, Huajimic, 10 de febrero de 1722, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 574.

Es decir, se trató de una victoria parcial para estos indios, que pudieron establecerse en el puesto que ellos eligieron, pero no escapar de la autoridad del capitán y gobernador.

La última aparición del Tlacsane en la documentación data de 1724, cuando él y su familia huyeron de Huaynamota para acudir a pedir amparo ante la Audiencia de Guadalajara por los maltratos y extorsiones que padecían a manos de los soldados del presidio de Huaynamota. En dicha ocasión, el Tlacsane acusó a Flores de San Pedro de haber robado a los indios buena parte de sus bienes una vez consumada la conquista militar, lo que los tenía “desabridos y desconsolados” por no tener ante quien acudir para obtener remedio.

Pero, a diferencia de lo ocurrido un par de años antes, el Tlacsane no obtuvo esta vez el respaldo de la Audiencia, que a pesar de la gravedad de las acusaciones, decidió ignorar los testimonios debido a que los indios “siempre se valen de estas voces y generalidades, aunque tal vez no sea así, no se les debe dar fe a solos sus dichos y pasar a dar entero crédito”. Por ello el Tlacsane fue obligado a volver a la sierra para evitar que otros indios, siguiendo su ejemplo, se vieran tentados a “desamparar sus pueblos para venir a quejarse a esta audiencia”.⁵¹ Luego de esta fallida petición, su rastro desaparece.

*Don Juan Lobato Cacalosúchil*⁵²

Don Juan Lobato afirmaba ser “gueytlacal” de Peyotán. Su nombre, sin embargo, no aparece en la memoria de 1708 ni en la lista de principales de 1721. Por declaraciones posteriores del propio Cacalosúchil, al parecer se había visto impedido para ir a la ciudad de México acompañando al Tonati debido a problemas de salud. Según decla-

⁵¹ “Carta del alcalde mayor de Jora Agustín Fernández de la Cueva al licenciado Antonio del Real y Quesada, oidor de la Audiencia de Guadalajara”, Hostotipaquillo, 6 de enero de 1724, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 937v-944v.

⁵² Cacaloxochitl, flor del cuervo —según fray Diego Durán, 1576— y flor de singular fragancia que se da en racimos, en ciertos árboles de tierra caliente —de acuerdo con Clavijero, 1780— en *Gran Diccionario Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, <http://www.gdn.unam.mx> (consulta: 15 de marzo de 2019).

raiones de Juan de la Torre, se trataba de un indio cristiano apóstata, no obstante, lo había recibido de forma amistosa y se puso a su servicio cuando Torre decidió establecer su real en Peyotán. Junto con el Tlacsane y Domingo de Luna, trabajó en la reducción de los indios que habitaban cerca de Peyotán, quienes se presentaron ante Torre de manera voluntaria para pedir el bautizo.⁵³ Como “indio fiel”, Cacalosúchil no participó en la “traición y emboscada” urdida por los coras; por el contrario, vigiló que los indios de Peyotán se mantuvieran alejados de los gentiles. Más importante aún, se ocupó de proveer a los soldados españoles de carne, vendiéndoles una parte de las muchas vacas que poseía, aunque según denuncias de los soldados españoles, se las mercó “a subidos precios”.⁵⁴

En reconocimiento a sus servicios, Juan de la Torre le dio autorización para que, junto con su familia e indios sujetos, permanecieran en Peyotán y fundaran pueblo en forma. Pero en 1722 el nuevo gobernador Juan Flores de San Pedro los obligó a salir de Peyotán para fundar, algunos kilómetros más al sur sobre las márgenes del río Jesús María, la misión y pueblo de San Francisco de Paula, situación que, según al propio Cacalosúchil, le generó “a mí y a los demás muchos daños por estar aquerenciados nuestros bueyes en dicho puesto, y todos los días se nos van y por irse se pierden, que por ternos vuestra merced tan sujetos no podemos pasar a cuidarlos”.⁵⁵ Por tal motivo, en 1723 Cacalosúchil solicitó a Flores de San Pedro que les permitiera volver a Peyotán, recordándole que él y los indios de su pueblo se habían mantenido fieles en la reciente rebelión de los coras recién reducidos a misiones; incluso, señaló que él mismo había accedido a compartir con Flores la información que poseía tocante a la rebelión. Quizá por ello, el gobernador español no sólo aceptó que Cacalosúchil y su gente volvieran a Peyotán, sino que

⁵³ “Razón de Juan de la Torre del número de indios que han venido de paz”, San Juan Peyotán, 22 de noviembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 636.

⁵⁴ “Informe sobre el número de hombres que se necesitan para la entrada y reducción del Nayarit, Santiago Rioja y Carrión”, Zacatecas, 20 de diciembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 556.

⁵⁵ “Testimonio del indio don Juan Lobato Cacalosuchil sobre los daños que se les siguen por haber sido mudados a San Francisco de Paula”, real presidio de San Francisco Xavier de Valero, 26 de abril de 1723, AGI, *Guadalajara*, 109, 23v.

además le dio el cargo de gobernador, en tanto el pasado había resultado inculcado en la rebelión.⁵⁶

Don Domingo de Luna

Domingo de Luna era yerno de Juan Lobato Cacalosúchil y como él, no aparece registrado en ninguna de las dos listas de principales del Nayar. En las fuentes se le denomina “gueytlacal”, aunque no se señala de qué pueblo o ranchería: lo único que se menciona es que él y su gente se asentaban a sólo media legua de Peyotán.⁵⁷ Al igual que su suegro, recibió pacíficamente a Torre y lo auxilió mientras estuvo en Peyotán, sirviendo como mensajero y embajador ante los coras gentiles. Era también apóstata.

A la llegada de Flores de San Pedro y tras la toma de la Mesa del Nayar, fue llevado con otros indios a fundar la misión y pueblo de Santa Teresa, siendo nombrado gobernador por el propio Flores. Pero su colaboración con los españoles le ganó el repudio de los coras, quienes apenas fundada la misión, en abril de 1722, intentaron un alzamiento y cercaron

las mal resguardadas casillas, en que vivían don Domingo y los suyos: antes de acercarse, para manejar los alfanjes, comenzaron a llover flechas. Viéndose acometidos aquellos fieles cristianos indios, metieron mano a las armas, y aunque fue tan inopinado el asalto, no les turbó tanto el susto, que malograsen flecha de las muchas que disparaban, siendo así, que los rebeldes ciegos con la cólera apenas acertaban tiro.

En el asalto resultó herido el hermano de don Domingo, Esteban de Luna; pero ambos lograron salvar la vida gracias a un golpe de suerte. Dos indios milicianos de Huazamota que se encontraban en

⁵⁶ “Juan Flores de San Pedro concede licencia para que Juan Lobato y sus agregados funden pueblo en Peyotán”, real presidio de San Francisco Xavier de Valero, 26 de abril de 1723, AGI, *Guadalajara*, 109, f. 24v-25v.

⁵⁷ “Carta del jesuita Antonio Arias al provincial Alejandro Román”, San Juan Peyotán, 22 de octubre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 289.

campana con Juan Flores de San Pedro persiguiendo a los coras fugitivos, desertaron por el hambre que padecía la hueste; en el camino de regreso a su pueblo pasaron cerca de Santa Teresa, donde fueron vistos por los espías de los rebeldes. Éstos creyeron que se acercaba el gobernador Flores de San Pedro y, comunicando la noticia a los coras alzados, todos huyeron, lo que les impidió consumar el asesinato de don Domingo y su hermano, tenidos por “amigos” de los españoles.⁵⁸

Tras este episodio don Domingo de Luna continuó ejerciendo como gobernador de Santa Teresa en los meses siguientes. No obstante, un nuevo alzamiento de los coras de las misiones estalló entre diciembre de 1723 y enero de 1724. Nuevamente don Domingo y su hermano Esteban se convirtieron en blanco de los ataques de los rebeldes, que en esa ocasión sí cumplieron su cometido de asesinarlos.⁵⁹

Alonso de León

A diferencia de los anteriores, Alonso de León fue uno de los principales que se opusieron de forma abierta a la entrada de españoles en la sierra y organizaron la resistencia a las fuerzas de ambos capitanes españoles y sus auxiliares indígenas. Tanto en el caso de Alonso de León como de los principales que mencionaré a continuación, la dificultad estriba en que la información que proporcionan las fuentes sobre ellos es significativamente menor, pues en su calidad de “traidores” no merecieron las loas y reconocimiento que sí hicieron personajes como Juan de la Torre o José Ortega a aquellos principales que colaboraron con la empresa conquistadora.

De Alonso de León sabemos que era principal de la ranchería de Santiago, que contaba para 1708 con 16 “hijos”. En el listado de caciques entregada por el Tonati al virrey en la ciudad de México en 1721, nuevamente aparece mencionado Alonso de León, aunque

⁵⁸ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 178-179.

⁵⁹ “Juan Flores de San Pedro informa sobre el alzamiento de los indios de las misiones del Nayarit, Presidio de San Francisco Xavier de Valero”, 3 de enero de 1724, AGN, *Criminal*, v. 283, exp. 4, f. 346v.

figura en la lista de aquellos que no viajaron a la capital virreinal sino que se quedaron en la sierra. Ésta es una constante en el caso de los caciques que se opusieron a la conquista: ninguno de ellos acompañó al Tonati a la ciudad de México.

Alonso de León fue uno de los que se mostraron más activos en la organización de la emboscada a Juan de la Torre en octubre de 1721. Acudió en dos ocasiones como embajador de los nayaritas a entrevistarse con el capitán español en Peyotán; en la segunda de ellas, fue para invitar a Torre a reunirse con los nayaritas en un paraje al que fueron guiados por dos coras, y en el que se llevó a cabo la emboscada. Los jesuitas que acompañaron la entrada, afirmaron que tanto el capitán como todos sus soldados habían aceptado seguir a Alonso de León porque “lo juzgábamos muy amigo”, pero una vez encerrados los españoles en “un potrerito muy estrecho”, vieron que Alonso de León era quien intimaba a los coras a matar a los españoles. Según el padre Arias, “aunque el padre Juan y yo nos apeamos para abrazar al viejo don Alonso que así se llamaba el pobre nada pudimos conseguir, porque a gritos él y otro mocetón que quizá era capitán con una flecha puesta en el arco y dando brincos provocaban a los demás diciéndoles que ninguno de los españoles había de salir vivo”.⁶⁰ Descubierta la fingida amistad de Alonso de León, en adelante se mostró abiertamente hostil a los requerimientos de Torre y Flores de San Pedro. En una ocasión que este último le envió al Tlacsane acompañado de otro cora como embajadores para solicitar su obediencia, Alonso les respondió

que se volviesen y no se cansasen, que primero había de morir que darse. Y que si ellos se querían dar que los otros sus compañeros y él los habían de matar. Y que ellos no eran ningunos ladrones ni salteadores y que me avisase a mí dicho gobernador que no me cansase, que me volviese a mi casa porque era en balde todo lo que pretendía.⁶¹

⁶⁰ “Carta del jesuita Antonio Arias al provincial Alejandro Román”, San Juan Peyotán, 22 de octubre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 280v-281.

⁶¹ “El embajador Martín Samuachi, sobre la respuesta de los nayaritas al requerimiento de Juan Flores de San Pedro”, San Juan Peyotán, 13 de enero de 1722, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 543v.

Aunque no hay más datos sobre Alonso de León ni su destino tras la toma de la Mesa del Nayar, de acuerdo con Ortega, su hijo habría participado en el intento de alzamiento de los coras en abril de 1722, pues tras la salida de Flores de San Pedro a una campaña de persecución de coras fugitivos, su hijo incitó a los coras a prender fuego a los jacales donde pernoctaban una docena de soldados dejados ahí por el capitán, en tanto se construía el presidio de la Mesa.⁶²

Nicolás Melchor/ Nicolás Mesquite

En la lista de principales de 1708, Nicolás Mesquite junto con Antón Gavilán aparecen señalados como cabezas de la ranchería Los Picachos, “en guarda” de todas las demás rancherías coras. Los Picachos tenía entonces 86 “hijos”. En la lista de 1721, entre los principales que se quedaron en la sierra, aparece “Nicolás Melchor, que guarda la puerta, cacique”. Al parecer, la ranchería de Picachos estaba en los límites habitados por los coras gentiles, de ahí que se le conociera también como la puerta del Nayar. Y Nicolás Melchor era por tanto “el que cuida la dicha puerta”.⁶³ La ubicación de “la puerta”, es decir, la ranchería de Nicolás, es incierta, si bien debió estar en las inmediaciones de Peyotán, en el camino hacia la Mesa del Nayar, y ubicada sobre una loma o cerro, pues en diversas ocasiones se habla de “subir” a la puerta.⁶⁴

Por las referencias relativas a su labor como “guarda” de la sierra y sus rancherías, pareciera que Nicolás Mesquite y Nicolás Melchor son el mismo personaje. Posiblemente se trate del “Nicolás Misquit, capitán principal” a quien el capitán Francisco Bracamonte escribió varias cartas hacia la década de 1690, para granjearse su amistad e intentar convencerlo de convertirse al cristianismo.⁶⁵ También

⁶² Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 180.

⁶³ “Consulta del capitán Santiago de Rioja y Carrión al virrey”, San Juan Peyotán, 24 de octubre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 293.

⁶⁴ Hoy en día, a unos tres kilómetros de Jesús María, existe un paraje que los coras denominan “la puerta”, aunque está deshabitado.

⁶⁵ “Francisco de Bracamonte informa a la audiencia los progresos de la reducción de Atonalisco”, junio de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 59v-60.

sería el mismo que, en 1714, envió cartas al gobernador de Durango para deslindarse de los tepehuanes de San Andrés y Santa María que recién se habían alzado, señalando que él y sus hijos “en esta provincia del Gran Nayari” estaban “siempre muy obedientes porque el rey nuestro señor es mi patrón”.⁶⁶ En dicha ocasión, firmó como Nicolás Misquiti.

Durante la visita del padre Solchaga a la sierra, Nicolás Misquitado aparece entre los principales con los que se entrevistó la comitiva española: según el jesuita, tras los soldados coras que los recibieron, venía “los viejos y magnates del Nayarit”, y en medio de ellos “dos viejos que eran como sus sacerdotes [...] el uno de ellos se llamaba don Nicolás Misquitado y el otro don José de Estrada.”⁶⁷ estos son los que mandan y gobiernan aunque para la ejecución tienen un reyesucho o gobernador mozo que es don Nicolás Sapari grande hechicero y aun se presume de éste ser cristiano apóstata”.⁶⁸

Según Ortega, Nicolás Melchor era uno de los comerciantes más importantes en la sierra.⁶⁹ Fue señalado como apóstata por Juan de la Torre, quien además afirmó que era cacique de la ranchería de Meaguatita. Junto con Alonso de León, Nicolás Melchor participó de forma muy activa en la emboscada a Torre: en los primeros días de octubre le envió guías que lo llevaron, junto con los soldados españoles, al paraje de la puerta, sólo para entrevistarse con él brevemente y decirle que ya se estaban juntando los indios para darle recibimiento, “que él por su parte lo hiciera solo y sus familiares, pero que no quería anticiparse a su Guitlcal”. Pero luego de una semana en que desfilaron frente a Torre diversos indios prometiendo que en breve se llevaría a cabo el recibimiento y obediencia, esto no sucedió, por lo que Torre se vio obligado a volver a Peyotán. Para el 16 de octubre Nicolás Melchor envió a Torre un par de cartas en

⁶⁶ “Carta de don Nicolás Misquiti al gobernador de Nueva Vizcaya”, Sierra del Nayarit, 2 de julio de 1714, Biblioteca Nacional de México (en adelante BNM), *Archivo franciscano*, 13/232, f. 1.

⁶⁷ Quizá se trate del principal Joseph Andrada que aparece en la lista de principales de 1708 como cacique de Aguacata.

⁶⁸ “Relación del Gran Nayarit, Tomás de Solchaga al obispo de Durango Pedro de Tapiz y García”, Valle del Súchil, 25 de febrero de 1716, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 141.

⁶⁹ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 137.

las que aseguraba que todos los indios del Nayar estaban listos para rendirle obediencia, que sólo estaban a la espera de que llegara el Tonati; un par de días después, lo invitó a subir a la puerta “para que den los hijos la obediencia el lunes, por cuanto ser esta la cabecera, así mismo suplico a vuestra señoría que no dispare soldado ninguno ni caja ni bandera ni persona alguna muestre ira, porque no entiendan los mozos que quizás se mueve dicha guerra, aunque vengan todos los soldados”.⁷⁰

Tras la emboscada, Juan de la Torre envió una escuadra de soldados con la orden expresa de capturar a Nicolás Melchor y su familia “por el engaño con que ha obrado”. Los soldados volvieron con Nicolás preso, acompañado de otras 23 personas. A su llegada en enero de 1722, Flores de San Pedro los envió presos a Zacatecas: es aquí donde las noticias sobre él se pierden.

Nicolás Yapare/ Zapare/ Zapari

La primera referencia a este principal aparece en el informe del jesuita Solchaga durante su visita al Nayar en 1715, quien como hemos visto, señaló que se trataba del “reyesucho” o gobernador de las rancherías de la sierra. Es posible que se trate de un error de interpretación de Solchaga; quizá Nicolás Yapare haya desempeñado el papel principal durante la ceremonia de recibimiento a la comitiva de Solchaga, lo que llevó al jesuita a pensar que se trataba del “rey” del Nayar. Un Nicolás Zapari aparece en la lista de los principales de 1721 que no fueron a la ciudad de México; es posible que se trate del mismo personaje.

Según Solchaga, Nicolás Yapare era apóstata. Diferentes menciones de Juan de la Torre y de coras reducidos lo identifican también como diestro en el oficio de herrería. Se entrevistó con Juan de la Torre en diversas ocasiones antes de la emboscada, participando en las evasivas y falsas promesas como parte de la estrategia dilatoria puesta en marcha por los rebeldes. Tras la aprehensión

⁷⁰ “Carta de don Nicolás Melchor Costilla al gobernador Juan de la Torre”, Miaguatitan, octubre 18 de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 339.



de Nicolás Melchor, Yapare se convirtió en uno de los principales interlocutores de Juan de la Torre. Con la fundación de misiones jesuitas, Yapare pasó a formar parte del pueblo y misión de Dolores, donde residía para 1728. Al parecer, estuvo implicado en la supuesta convocatoria de alzamiento lanzada a los coras e indios fronterizos por Juan de la Torre en dicho año. Así, uno de los apresados durante la convocación, de nombre Sebastián Pedro, indio cora de la misión de los Dolores, declaró que había salido de su pueblo bajo engaños de don Nicolás, indio herrero de su pueblo, para que se uniera al tlatole que preparaban los otros pueblos.⁷¹ No obstante, Nicolás no se halló presente cuando se apresó a los indios convocados por Torre.

Doña Juana/Juana Burro

Doña Juana es la única mujer en la lista de caciques de 1721. Su marido, según el mismo documento, llevaba por nombre Sitali. Es posible que se trate de la misma Juana Burro que, a decir de José Ortega, era apóstata, esposa de un gentil nayarita y vivía en las inmediaciones de Huaynamota gobernando una ranchería de coras que se mostraron rebeldes ante la conquista y fueron sometidos por Flores de San Pedro. Según el jesuita, luego que los españoles tomaron la Mesa del Nayar, la cacica “envió a desafiar a los españoles, asegurándoles que ni ella ni los suyos mudarían alojamiento, para que, sabiendo el sitio, les hallasen fácilmente, siempre que gustasen medir sus armas con las de aquella su valiente tropa”.

No obstante, temiendo ser sometidos, Juana y su ranchería huyeron a un barranco, donde fueron encontrados y cercados por Flores de San Pedro. Viéndose acorralados, ella y sus indios sujetos se rindieron sin luchar. Sometidos al régimen misional, Juana Burro y su marido fueron desposados; si bien se mostró sumamente favorable a los jesuitas, Juana huyó de la misión algunos años después y murió siendo fugitiva.⁷²

⁷¹ “Declaración de Sebastián Pedro, indio cora del pueblo de Dolores”, Zacatecas, 25 de febrero de 1729, AGN, *Provincias internas*, v. 85, exp. 2, f. 93v.

⁷² Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 204.

MAGNATES, PRINCIPALES Y CACIQUES
GOBIERNO Y PODER ENTRE LOS CORAS

El liderazgo político entre los coras durante el periodo virreinal es difícil de definir en tanto la información con la que contamos es limitada y a veces, contradictoria. No obstante, esbozadas las acciones de los principales coras frente a las campañas de Juan de la Torre y Juan Flores de San Pedro, es importante señalar lo que sabemos sobre las formas de organización política de los coras antes de la conquista, con miras a entender el tipo de poder y autoridad que detentaban estos principales, deducir las características de sus liderazgos y poder interpretar, en un contexto adecuado, sus acciones frente a las entradas hispanas.

El primero en hablar del gobierno en la Sierra del Nayar es fray Francisco del Barrio, quien señaló que los coras eran los únicos que contaban con señor o tlatoani “a quien como rey reconozcan vasallaje”, a diferencia de tepehuanes, “asaulitas” y otras “naciones” vecinas. Según Barrio, ello se debía a que

en todas las demás [naciones], que una que otra vez han entrado entre ellos sacerdotes y españoles, y de ellos algunos pueblos han sido reducidos a nuestra fe, y otros han salido a nuestras tierras, y así han levantado el yugo y obediencia de su antigüedad a los que reconocían por sus señores o tlatuanes o reyes. Mas, como en aquesta cora hasta hoy no haya entrado español ni sacerdote, estase esta nación en sus ritos antiguos, conservándose siempre en el ser que tuvo desde su principio.⁷³

De acuerdo con Barrio, los coras estarían divididos en dos parcialidades: la occidental —hacia Acaponeta, donde se hallaba la cabecera de Anyari— y la parte hacia Huaynamota que él pudo recorrer. En su opinión, tal división no tenía que ver con diferencias en ritos “ni porque tengan otros ídolos ni porque tengan entre sí guerras”. Se

⁷³ “Relación de fray Francisco del Barrio”, en *Los albores de un Nuevo Mundo: siglos XVI-XVII*, compilación de Thomas Calvo, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Universidad de Guadalajara, 1990 (Colección de documentos para la historia de Nayarit I), p. 270-271.

trataría de una cuestión práctica: “divídese cuanto a sus fiestas o borracheras por la distancia grande que hay de la una parte a la otra”, pues las separaban seis días de camino. Ello no impedía que en las fiestas importantes, todos acudieran a la cabecera: “cuando a sus ritos y cuando han de ir a alguna guerra, todos ellos acuden al pueblo de Anyari a donde está su templo y el demonio a quien adoran”.⁷⁴

Fray Antonio Arias de Saavedra, en cambio, señaló que, aunque era voz común “que estos indios tienen rey y señor natural a quien tributan y obedecen”, lo cierto era que “sólo reconocen al Nayarit, el cual ha muchos años que murió y no han reconocido por señor a ninguno de sus sucesores”. De acuerdo con el franciscano, el Nayarit habría sido el único “reconocido como cabeza”, mientras que sus descendientes “ninguno ha gobernado ni gobierna al presente, pues el Huainoli, que está vivo, no domina en ellos, al cual sólo lo miran como a superior en la descendencia [...] pero no le miran como a señor que les gobierna”. Saavedra afirmaba que, aunque en vida el Nayarit fue reconocido como “señor o tactoane”, después de muerto se habría convertido en oráculo que se comunicaba con sus fieles a través de jóvenes mujeres o sacerdotisas, y “de quien toman parecer en sus guerras y en sus futuros contingentes, juntándose muchas rancherías en la luna de marzo en la de Tzacaimuta, casa del Nayarit, al cual hacen fiestas que ellos llaman mitotes, que en su sentir de ellos quiere decir bailes y fiestas, de donde resulten guerras o muertes”.⁷⁵ Y es que tras su muerte el cadáver momificado de don Francisco Nayarit fue colocado en un templo ubicado en la Mesa del Nayar. Para 1672, Arias señalaba que en dicho templo se hallaba una mesa “rodeada de cuatro cadáveres secos y enjutos que son, el de don Francisco Nayarit, don Pedro Huainori, don Alonso Yoquari y don Luis Uristi, los cuales cuerpos están sentados en unas sillas o equipales”. No obstante, el franciscano es reiterativo al señalar que “antes hubo otros cuatro cuerpos de sus ascendientes. Que por la resolución de la materia han quitado y puesto éstos, como después de éstos pondrán otros de sus descendientes, y así han mirado a los

⁷⁴ *Ibidem*, p. 270.

⁷⁵ “Informe sobre la reducción y conversión de indios bárbaros de la Sierra de Nayarit, Antonio Arias de Saavedra”, Acaponeta, 2 de febrero de 1672, AGI, *Guadalajara*, 13, r. 2, n. 22-25, f. 19-19v.

descendientes de esta genealogía no como a reyes y señores naturales, sino como a cuerpos que han de tener el asiento de aquél culto y adoración”.⁷⁶ Cada ranchería acudía de forma periódica a ofrecerle la sangre de los hombres y mujeres que asesinaban cada tanto en los pueblos vecinos al Nayar, particularmente huaynamotecos.

Según el informe de este fraile, los nayaritas estarían divididos en cuatro provincias o “tlahuilanalis”: la provincia de Hahuanica, la provincia de los chimaltitecos e Ixcatecos, la provincia de Tzacaimuta donde se hallaba la “casa del Nayarit”, y la provincia de Mimbres.⁷⁷ Calculaba Arias que, en total, habitaban en la Sierra del Nayar entre 12 y 13 000 personas, pues sabía que en Hahuanica “se juntan al principal baile más de 1 200 varones, sin las mujeres y muchachos, y en la de los chimaltitecos de 400 a 500 varones; y en la de Tzacaimuta 1 500 poco más o menos, y en la de Mimbres de 300 a 400”.⁷⁸

Veinte años después, Francisco Bracamonte afirmó que la sierra estaba dividida en tres parcialidades: hacia el suroccidente, la de Tocaiche —mayormente despoblada para 1697 por la reducción de los indios a Atonalisco—, hacia el noroccidente, la de Mistle “por llamarse el capitán así, estos tienen su salida al pueblo y provincia de Senticpac y Acaponeta en donde ferian sus géneros por los de la tierra” y la de El Picacho —cabecera de la sierra—. Un capitán encabezaría cada una de estas parcialidades, que a su vez estaban formadas por rancherías “que son como las que acá llamamos haciendas o pueblos pequeños, en donde se albergan algunas familias haciendo uno cabeza como dueño”.⁷⁹ Su sobrino, el bachiller Juan de Bracamonte —quien acompañó algunas de las entradas— puntualizó que “para cada diez o doce hay su capitán, que parece es el dueño de la ranchería o puesto en que ellos viven, porque no viven en forma de pueblo sino en un aguaje hacen ranchería tres o cuatro o más familias, y el dueño del aguaje o del que más tiene es capitán de los

⁷⁶ *Ibidem*, f. 20v.

⁷⁷ *Ibidem*, f. 15.

⁷⁸ *Ibidem*, f. 16.

⁷⁹ “Francisco de Bracamonte solicita a la Audiencia de Guadalajara se le reciba información sobre su última entrada a la sierra”, Guadalajara, 20 de agosto de 1700, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 104v.

demás”.⁸⁰ Aunque señala la división política al interior de la sierra, Francisco Bracamonte también resaltó la unidad de los nayaritas en términos religiosos: “antes sí todos son unos, pues aunque los gobiernan distintos mandos, en cuanto a la adoración, todos adoraban y adoran al indio seco que está en el Picacho que llaman Nayarit”.⁸¹

Finalmente, según Ortega, el Nayar o “Naye” habría sido el primer rey que reconocieron los serranos hacia el año de 1500 cuando “empuñó el cetro”. Sus dominios se extendían “por el sur, hasta las costas del mar, y por el norte, hasta el Mazapil”. Ortega es el único en señalar que los vasallos del Nayar le tributaban con flechas y calzas. Afirma que “veneráronle tanto que después de muerto, aun antes de enjugar las lágrimas de su excesivo sentimiento, le fabricaron una casa en Tracaimota, más abajo del lugar del templo del sol, donde en una silla pusieron el cadáver con especiales adornos, trabando, cuando se deshizo, el esqueleto con varios hilos”.⁸² También fue el único que señaló que, desde el rey Nayar, habría quedado unido el gobierno político de toda la sierra al sumo sacerdote de la Mesa. En la versión de Ortega, el Nayar y todos sus descendientes que le sucedieron en el cargo, habrían reunido tanto el mando político como el religioso.⁸³

De la información que se desprende de estas fuentes, los estudiosos han señalado algunas de las características del gobierno y la organización política de los coras antes del dominio español. Neurath y Magriñá coinciden en señalar que los coras estaban organizados en jefaturas de “ideología jerarquizada”.⁸⁴ Dicha jerarquía habría estado encabezada en principio por don Francisco Nayarit, con quien

⁸⁰ “Informe de los bachilleres Juan de Bracamonte y Luis Martín sobre la entrada que como misioneros hicieron a la sierra del Nayarit con el capitán Francisco de Bracamonte en 5 de octubre de 1700”, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 147v.

⁸¹ “Relación a la Audiencia de Guadalajara del estado de la misión de Atonalisco”, Francisco de Bracamonte, Tepic, 13 de julio de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 51v-52.

⁸² Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 9.

⁸³ *Ibidem*, p. 81.

⁸⁴ Laura Magriñá, *Los coras entre 1531 y 1722 ¿Indios de guerra o indios de paz?*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 207; Neurath, “Las fiestas de la casa grande...”, p. 88.

fueron identificados sus sucesores. Así, de acuerdo con Neurath, el Nayarit habría sido el fundador de un linaje de soles o Tonatis,

todos los sucesores del primer Tonati fueron identificados con don Francisco Nayarit. Oficialmente, al Tonati solamente se le reconocía como un intermediario entre la población viva y los ancestros. Solamente hasta después de su muerte, el Tonati pudo ocupar una posición equivalente a don Francisco Nayarit, ya que siempre que se descomponía uno de los cuatro cadáveres que se guardaban en Tsakaimuta, lo reemplazaron con el cuerpo del último rey que había muerto. Así, la persona que “realmente” decidía en cuestiones importantes era la momia del fundador de la dinastía que se comunicaba a través de las mencionadas sacerdotisas.⁸⁵

De ahí que las fuentes, salvo Ortega, señalen que ninguno de los sucesores del Nayarit era reconocido como rey o señor de los coras, sino sólo como “superior en la descendencia”. Estaríamos entonces frente a una organización política no centralizada, en la que los descendientes de don Francisco Nayarit eran reconocidos en toda la sierra como cabeza del culto en la Mesa del Nayar, pero sin tener por ello facultades de gobierno o mando político sobre la región. En general, las fuentes insisten en que éste recaía en los jefes o cabezas de cada una de las rancherías.

Por lo que toca a la denominación de estos líderes locales, encontramos una variedad de títulos con los que eran referidos, lo que no ayuda a aclarar su condición. Por ejemplo, ya el gobernador de Nueva Vizcaya señalaba en 1673 respecto al Tonati que “unos llaman su cacique y otros quieren que sea rey”.⁸⁶ Barrio hablaba del Nayarit como “señor o tlatuani” mientras que los jefes de las rancherías serían sus “presidentes”.⁸⁷ Francisco de Bracamonte como ya vimos, se refirió a ellos con el título de cabezas o capitanes, quizá enfatizando su carácter como guerreros o su capacidad para guiar acciones bélicas,

⁸⁵ *Ibidem*, p. 86.

⁸⁶ “Carta de Francisco Gorraiz y Beaumont, gobernador pasado de la Nueva Vizcaya, a la Audiencia de Guadalajara”, 8 de mayo de 1673, AGI, *Guadalajara*, 13, r. 2, n. 22, f. 39v.

⁸⁷ “Relación de fray Francisco del Barrio...”, p. 260.

mientras que su sobrino habló de “dueños” de rancherías. Juan de la Torre por su parte, en la entrada que hizo a la sierra en 1708, los llamó magnates,⁸⁸ título que, en la época, hacía alusión a “la persona ilustre, noble y más principal de alguna ciudad, Provincia, Reino” y cuyo uso, según apunta el *Diccionario de autoridades*, solía ser en plural.⁸⁹

Ahora bien, ¿cómo se autodenominaban los líderes locales? Al respecto, llama la atención que, en las cartas enviadas al obispo de Guadalajara en 1649, don Francisco Nayarit se refirió al rey y al virrey como “tloatoan rey” y “tloatoan marqués” respectivamente, utilizando el título náhuatl que fray Alonso de Molina tradujo como “señor de siervos” o “gran señor”.⁹⁰ Pero don Francisco Nayarit no utilizó este título para referirse a sí mismo en dichas cartas. Lo que sí es importante notar es que, para 1649, don Francisco Nayarit reivindicaba como parte de sus dominios los pueblos de Huazamota, Ayotuxpan y Huajicori, en donde no obstante existir ya conventos cristianos, afirmó que vivían sus *nopiliguan*, expresión que fue traducida por Alberto Santoscoy como “súbditos”, aunque también podría ser traducida como “mis hijos”.⁹¹ De hecho, en la lista de magnates del Nayar elaborada por Juan de la Torre en 1708, justamente se utiliza el término “hijos” para referirse a los habitantes de las rancherías de gentiles. Ello es indicativo de que no existía una relación clara de sumisión, sujeción o vasallaje de estos hombres respecto a su “magnate”, lo que sí presupone el uso del término “súbditos” por Santoscoy.

En otros documentos elaborados por indígenas o por vecinos españoles de la Sierra del Nayar, los sucesores de don Francisco Nayarit son llamados *Hueytlacatl*, título que aparece registrado con diferentes variantes ortográficas: hueitacal, huitlcal, huitacal, guitacal,

⁸⁸ “Información de Juan de la Torre Gamboa ante Pedro Álvarez de Ron, sobre el estado del Nayar”, Jerez, 8 de noviembre de 1710, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 16.

⁸⁹ Real Academia Española, *Diccionario de autoridades...*, t. 4, p. 456.

⁹⁰ Marc Thouvenot, *Diccionario náhuatl-español. Basado en los diccionarios de Alonso de Molina, con el náhuatl normalizado y el español modernizado*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2014, p. 416.

⁹¹ Véanse anexos “Primera carta”, “Segunda carta” y “Carta escrita de mano de Pablo Felipe, a nombre del capitán nayarita Miguel Nauchame”.

entre otras.⁹² El título está formado por las palabras *huey*, “soberana cosa, grande, grande cosa” y *tlacatl*, “hombre o mujer, señor soberano, persona”,⁹³ y podría ser traducido como gran señor. Cuando el Tonati visitó la ciudad de México en 1721, se presentó de hecho como “Tonati cuarto, Grande del Nayari”.⁹⁴ Por lo que toca a los otros líderes coras, fueron referidos como “principales del Nayarit” en una carta escrita a petición de cuatro de ellos en 1697.⁹⁵ No obstante, ya para 1721, en su visita a la ciudad de México, el Tonati se refirió a todos ellos con el título de caciques.

De tal suerte, los propios coras gentiles se habrían apropiado para el siglo XVIII del título de cacique, teniendo además bastante claridad en relación con sus implicaciones. Así, en el “Memorial” presentado por los nayaritas ante el virrey en 1721, vemos que el Tonati, en nombre de los caciques de la Sierra del Nayar, solicitó como primera condición para rendir obediencia al “alto y poderoso rey de las Españas”, que él y sus descendientes “hemos de gozar del señorío que siempre hemos tenido de nuestras tierras sin que en ningún tiempo se nos quiten”. En segundo lugar, pidió para él y sus sucesores “gozar de todos los fueros y privilegios que por grande me tocan”. En tercer lugar, solicitó también que todos los caciques gozaran “del mismo fuero, quedando cada uno de por sí como tales caciques que han sido”. Ello implicaba además “gozar el privilegio de ser libres nosotros y nuestros sucesores de pagar tributos”.⁹⁶ De esta manera, el Tonati solicitaba ser reconocido plenamente como “señor natural” —cosa que, como se ha visto, no ocurrió entre los indios de

⁹² Por ejemplo, en el intento de Margil por penetrar a la sierra, el fraile escribió una carta para “el Huitlactal y principales” de la sierra, mientras que los indios embajadores que llevaron el mensaje afirmaron haber entregado dicha carta para “su Huitacal”. “Relación del padre Antonio Margil de Jesús sobre su entrada a la sierra”, *Guadalajara*, 13 de junio de 1711, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 43v.

⁹³ Thouvenot, *Diccionario náhuatl-español...*, p. 120, 358.

⁹⁴ Véase anexo “Memorial de los indios nayaritas entregado al virrey en la ciudad de México”.

⁹⁵ Véase anexo “Carta escrita de mano de Pablo Felipe a nombre de los capitanes nayaritas”.

⁹⁶ “Memorial de los indios nayaritas entregado al virrey en la ciudad de México”, 15 de marzo de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 255-257v. Véase anexo “Memorial de los indios nayaritas entregado al virrey en la Ciudad de México”.

la Nueva Galicia— además del reconocimiento a su linaje, elemento fundamental para que los fueros y privilegios fueran hereditarios.

¿Eran entonces el Tonati y sus antecesores reconocidos como “señores” de toda la sierra o, por el contrario, sólo de una porción de ésta? ¿Qué sabemos de la relación establecida con el resto de principales coras? ¿Qué papel jugaban éstos frente al Tonati? Algunos elementos, como pueden ser las funciones de los principales coras y su organización en relación al Tonati parecen encajar bien con la descripción clásica de la organización en jefaturas de los estados segmentarios, en los que encontraríamos un estado “formado por un territorio central y pequeño, rodeado por territorios periféricos y semiautónomos”, en el que el jefe, en este caso, el Tonati, “mantiene la superioridad ritual sobre el territorio completo, pero su poder político está limitado a su territorio central”.⁹⁷

Este tipo de organización podría brindar una explicación a la insistencia de evangelizadores y misioneros en la división de la sierra en parcialidades que, si bien reconocían como cabecera a la Mesa del Nayar, y al Tonati como “sucesor” del fundador de la dinastía de sacerdotes supremos del culto solar, al mismo tiempo negaban que se tratara de su “rey” o “señor”, o que tuviera funciones gubernativas en toda la sierra. Los sucesores del Tonati habrían sido la cabeza ritual en el Nayar, pero sus funciones como gobernadores o “Huitacal” estarían limitadas sólo a su parcialidad o ranchería. El resto de las parcialidades habrían estado encabezadas, según Bracamonte, por otros principales o capitanes, y dentro de cada una de ellas, cada ranchería tendría también su propio jefe o cabeza.

Como en el caso de otros estados segmentarios, cada territorio periférico bajo el mando de un principal tendría derecho a su propia defensa, de ahí que, como ya ha señalado Magriñá, no existiera un ejército ni centralizado, ni de tiempo completo.⁹⁸ Este tipo de jefa-

⁹⁷ Lane F. Fargher y Richard E. Blanton, “Segmentación y acción colectiva: un acercamiento cultural-comparativo sobre la voz y el poder compartido en los Estados premodernos”, en *El poder compartido. Ensayos sobre la arqueología de organizaciones segmentarias y oligárquicas*, coordinación de Annick Daneels y Gerardo Gutiérrez Mendoza, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/El Colegio de Michoacán, 2012, p. 210.

⁹⁸ Magriñá, *Los coras...*, p. 205.

turas habrían estado basadas en la capacidad de los individuos de construir su autoridad a partir de cualidades personales que les permitían “canalizar la conducta de otros en ausencia de amenazas o uso de sanciones negativas”, más que en el poder otorgado por un alto rango o la posesión de un cargo.⁹⁹

En el caso del Nayar, sólo tenemos certeza de que el liderazgo del Tonati era hereditario. El resto, probablemente se convirtieron en líderes o principales gracias a sus esfuerzos y cualidades personales, como pudieron ser su riqueza, su valor o su conocimiento y capacidad negociadora. Estaríamos entonces frente a casos de liderazgo adquirido y no heredado. Indicios sobre este asunto los encontramos en las menciones relativas a la riqueza que poseía Nicolás Melchor al ser no sólo “el que guarda la puerta” sino también uno de los comerciantes más importantes de la sierra. Quizá el hecho de que su ranchería se ubicara justamente en los límites entre el mundo de los gentiles y el de los cristianos le facilitaba el acceso a los bienes producidos por ambas sociedades así como la posibilidad de participar favorablemente en las transacciones comerciales. Otro caso de un principal destacado por su riqueza es Juan Lobato Cacalosúchil, señalado como poseedor de grandes cantidades de ganado vacuno y caballar, al grado de que se le llegó a acusar de “haberse dado de paz” sólo por “el amor de sus ganados que tiene en aquél real y vende al gobernador y soldados a subidos precios”.¹⁰⁰

Aunque podría argumentarse que la riqueza de estos principales derivaba de su posición de liderazgo, lo cierto es que no hay datos relativos a que los indios de sus rancherías generaran bienes o riqueza para ellos. Barrio, Arias y Bracamonte concuerdan en señalar que no existía recolección de tributo; incluso Ortega, al hablar del tributo de flechas y calzas que daban los indios, se refiere sólo al

⁹⁹ La distinción entre poder y autoridad ha sido aplicada por Bechis al análisis de los cacicazgos pampeanos. “Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿Autoridad o poder?”, en Martha A. Bechis, *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, p. 264.

¹⁰⁰ “Informe sobre el número de hombres que se necesitan para la entrada y reducción del Nayarit, Santiago Rioja y Carrión”, Zacatecas, 20 de diciembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 556.

Nayar o primer “rey” de los coras, y no a sus sucesores. El jesuita señala también que, en casos excepcionales —hambrunas, pestes, sequías— era común que todos los habitantes de la sierra acudieran a entregar ofrendas a las deidades de la Mesa del Nayar; no obstante, como ha señalado Neurath, no se trataba de un sistema formal de tributo.¹⁰¹ Tampoco contamos con datos relativos a la práctica de estos líderes de un almacenaje colectivo de bienes o alimentos ni de su distribución. No hay indicios pues que señalen a los principales coras como el centro de una economía redistributiva.

La declaración que en 1730 hiciera un soldado del presidio de la Mesa del Nayar, nos aclara en mucho la naturaleza del liderazgo de los principales, al tiempo que nos muestra la perplejidad de los españoles frente a estas estructuras políticas indígenas. Así, de acuerdo con el soldado, los indios daban a sus principales o “hueitacales”

una especie de obediencia tan material y tan bárbara que no se le puede hallar pies ni cabeza, porque ni se sabe ni se ha podido averiguar en qué consistía esta obediencia, según y como la que tenían al indio don Juan Tonati, y a otros muchos que ellos llamaban sus hueitacales, que quiere decir principales, a los cuales *ni daban contribución alguna que tuviese alguna forma de tributo o alcabala*, antes los dichos principales eran tenidos por tales o *por su valor especial o por hallarse con más forma de bienes temporales* y ser partidos con ellos, agradables y agasajadores con los de su nación, como así mismo otros eran tenidos por hueitacales *por ser más habladores* y como predicadores de sus falsas supersticiones [...] o *por hechiceros*, o por otros títulos semejantes.¹⁰²

En cuanto al papel de los principales en el control de los recursos vitales como agua y tierra, los datos son sumamente escasos. De acuerdo con fray Francisco del Barrio, existían mojoneras en la sierra, lo que podría apuntar a un acceso discriminado a la tierra; esto es, la explotación y control de un territorio específico por determinada ranchería. No obstante, de su descripción parece más bien que

¹⁰¹ Neurath, “Las fiestas de la casa grande...”, p. 94.

¹⁰² “Declaración del soldado Miguel Martínez Panico, sobre la prisión del indio Juan de los Santos”, presidio de San Francisco Xavier de Valero, 23 de agosto de 1730, AGN, *Provincias internas*, v. 85, f. 122v-123. Las cursivas son mías.

tales mojoneras tenían como objetivo señalar a los huaynamotas hasta dónde llegaba el territorio de los coras y evitar que entraran en él. Así, nos dice Barrio que

a un tiro de arcabuz, y del convento poco más de una legua, vi amojonada la tierra, y por el camino por donde habíamos de pasar muy juntas las piedras, y preguntando a los nuestros qué significaba aquello me dijeron que los coras hacían aquello, y al parecer es como quien les dice que de aquella mojonada para ellos todo es suyo, pues lo han ganado por armas, y que se contentan con el rincón que poseen.¹⁰³

Por otra parte, además de Barrio, no hay más referencias a estas marcas visibles que delimitaran el territorio de los coras, como tampoco el perteneciente a cada ranchería.

Otro elemento a subrayar es que, de acuerdo con la información, los principales coras no desempeñaban funciones judiciales, salvo quizá arbitrar en algunas disputas. La venganza directa fue la base de la justicia en toda la sierra; así se desprende de los comentarios de Arias, relativos a que no había entre los habitantes del Nayar “quien castigue los homicidios, hurtos, adulterios y demás delitos pues por sus mismas manos toman la venganza de sus injurias, pues si dan la muerte a algunos de sus parientes son los jueces y verdugos del delincuente; y el que a su mujer coge en adulterio quitándoles las vidas”.¹⁰⁴

Dada la gran autonomía que detentaban las distintas rancherías y sus principales, la capacidad de decisión del Tonati en lo tocante a los asuntos colectivos estaba bastante limitada, pues éste “no tenía una posición de poder absoluto”. Las decisiones importantes se discutían en una asamblea, la junta de “aquellos bárbaros senadores”.¹⁰⁵ Dicha afirmación podría aplicarse, en términos generales, a los diversos caciques o principales de la sierra, cuya capacidad de mando estaba coartada por las juntas de ancianos. Ello explica la afirmación

¹⁰³ “Relación de fray Francisco del Barrio...”, p. 258.

¹⁰⁴ “Informe sobre la reducción y conversión de indios bárbaros de la Sierra de Nayarit, Antonio Arias de Saavedra”, Acajoneta, 2 de febrero de 1672, AGI, *Guadalajara*, 13, r. 2, n. 22-25, f. 19v.

¹⁰⁵ Neurath, “Las fiestas de la casa grande...”, p. 88.

de Tomás de Solchaga respecto a que eran “los viejos y magnates del Nayarit” los que en realidad “mandan y gobiernan, aunque para la ejecución tienen un reyesucho o gobernador mozo”.

Un testimonio recabado en 1730 nos aclara la naturaleza de esta relación entre las juntas de ancianos y los caciques de las rancharías. En dicho año el indio Juan Santos fue apresado por el capitán del presidio de la Mesa del Nayar, acusado por los jesuitas de ser “idólatra, alborotador de los pueblos y caudillo de sediciones”. En realidad, la declaración de Juan Santos descubrió que el temor de los jesuitas se relacionaba más bien con que éste fuera reverenciado y adorado por los indios como solían hacerlo con el Tonati. Así, interrogado sobre si era cierto que le obedecían los nayares y otras naciones de indios fronterizos, Juan Santos respondió:

Mira capitán, hasta el año del alzamiento [1724] nunca asistí de pie en pueblo ninguno, porque me tenían mis compañeros engañado allá en una barranca muy grande de donde no me dejaban salir a ver los españoles y allí me dieron un bastón de Brasil diciéndome que allí se juntarían siempre y les mandaría yo. Y es verdad que fueron algunas veces allá y se juntaron los viejos y me decían muchas cosas que se habían de hacer y que así se las mandase a todos los que estaban allí y enviase correos para lo mismo, y yo hacía así porque no me mataran ellos, porque me decían que si era amigo de los españoles me habían de matar, y ellos mismos me han acusado contigo y son unos perros que ellos me mandaban a mí y no yo a ellos, así estuve en aquella barranca encerrado con temor siempre de que me mataran si no hacía lo que ellos me mandaban hacer, hasta que ese Juan Flores gobernador me prendió allá [...]¹⁰⁶

Si bien el testimonio de Juan Santos podría ponerse en duda, en tanto su objetivo era librarse de las acusaciones que se le hacían, llama la atención que, en líneas generales, coincide con la opinión emitida por Solchaga quince años atrás: eran las juntas de ancianos las que tomaban las decisiones, mientras que los principales aparecen

¹⁰⁶ “Don Manuel Josph Carranza capitán comandante del Nayarit, sobre la captura del indio Juan de los Santos por sedicioso”, presidio de San Francisco Xavier de Valero, 21 de agosto de 1730, AGN, *Provincias internas*, v. 85, f. 120-120v.

sólo como los ejecutores de tales disposiciones. Es posible que Juan Santos exagerara su sumisión ante los ancianos, y al nulificar su voluntad y capacidad de acción buscara recuperar su libertad. No obstante, queda claro por ambos testimonios que el liderazgo ejercido por los caciques, entre ellos el propio Tonati, tenía poco margen de acción individual. Más que un poder sobre todos los habitantes de la sierra, el Tonati formaba parte de una dinámica política en la que intervenían numerosos actores: los ancianos, así como otros caciques. Más que dar órdenes, el Tonati debía convencer, negociar y acordar. Si bien, como ha señalado Bechis, el consenso está presente como una de las tareas gubernativas de muy diversas sociedades, la diferencia en este tipo de jefaturas radica en el carácter forzoso del consenso para poder llevar a la práctica una tarea de gobierno, ya que “en estas sociedades, el consenso era obligatorio y el líder no tenía ninguna posibilidad de obtener por la fuerza el consentimiento de toda o parte de su parcialidad”.¹⁰⁷

De ahí que en la documentación son constantes las referencias a los “tlatoles” o reuniones de principales para la toma de decisiones que afectaban a la colectividad: por ejemplo, los embajadores enviados por Margil de Jesús para negociar su entrada a la sierra, aunque llevaban una carta dirigida expresamente al Huitlalcá, debieron esperar la junta “de todos los viejos y los hijos” que finalmente decidió negar la entrada al franciscano.¹⁰⁸ Mediante tlatoles se deliberó también la forma en que sería recibido Juan de la Torre en octubre de 1721; para diciembre del mismo año se rumoraba que los principales coras rebeldes discutían en un tlatole matar al Tonati. El término “tlatol” no era nuevo; por el contrario, apareció muy temprano en la documentación: recordemos que según Tello, la guerra del Mixtón había tenido su origen en un “tlatol” en la Sierra del Nayar.¹⁰⁹ El vínculo que, a ojos españoles, existía entre este tipo de reuniones y las acciones de rebeldía o resistencia, se hace patente en el carácter negativo que adquirió el término en toda la región. Por

¹⁰⁷ Bechis, “Los lideratos políticos...”, p. 281.

¹⁰⁸ Relación del padre Antonio Margil de Jesús sobre su entrada a la sierra, Guadalajara, 13 de junio de 1711, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 53.

¹⁰⁹ Tello, *Crónica miscelánea...*, p. 129.

ejemplo, durante una rebelión en las fronteras de Colotlán en 1702 se ordenó a los alcaldes mayores cuidar especialmente “no haya entre los indios tlatoles ni juntas secretas”¹¹⁰ lo mismo que en 1721, cuando se rumoraba que los fronterizos de Colotlán habían tenido “juntas y tlatoles” con los nayaritas para favorecer la resistencia de los gentiles. Se creó incluso el neologismo “tlatolear” o “andar tlatoleado” para referir la acción de conspirar o como sinónimo de “juntas de convocación” para un acto de rebeldía.¹¹¹ Todo ello no hace sino dar cuenta de la dificultad hispana para lidiar con estas instancias indígenas de decisión colectiva.

Ligado a este asunto, vemos que una cualidad fundamental de estos líderes locales era su capacidad como oradores y su retórica persuasiva, que en muchos casos, lograba rivalizar con la de los franciscanos que se adentraban a predicar en la sierra. Fray Marcos Otalora relató cómo, luego de predicar durante toda una noche a los indios de la ranchería de Maquiloyan, obtuvo por respuesta de su capitán, el indio Marcos, el siguiente razonamiento:

Dijo por último el indio, expresas palabras, “padre si quisieras coger un toro, y lo picas, con poderoso anhelo no se te entrará en el monte y te quedarás sin él, pues así son estos tus hijos, que con el largo tiempo que no ha habido quién los llame, temen y no se quieren manifestar, yo te empeño mi palabra, la que tienes por bien, de que poco a poco vayan saliendo las familias de apóstatas y de los gentiles los que quisieren, que yo no embarazo a nadie su salida, como te consta de mi sobrino Martín que salió con la mujer que carga y sus hijas siendo todos gentiles, y Juan gentil así serán los demás”.¹¹²

También Solchaga dejó constancia de cómo, en su entrada al Nayar, fueron recibidos por doce principales a los que trataron de

¹¹⁰ “Carta del conde de Santa Rosa a don Pedro de la Puebla”, Zacatecas, 29 de julio de 1702, AGI, *México*, 645, f. 718.

¹¹¹ Por ejemplo, decía Juan de la Torre en 1721 que estaban “juntos y convocados los pueblos de San Andrés, Santa Catarina, San Sebastián y Asqueltan con los indios nayaritas los cuales estaban todos tlatoleados para venirnos a combatir y darnos albazo”. “Juan de la Torre, sobre la información dada por los indios espías”, San Juan Peyotán, 10 de noviembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 623v.

¹¹² “Carta de fray Marcos de Otalora a la Audiencia de Guadalajara”, Atonalisco, 10 de marzo de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 27v-28.

convencer para que dieran la obediencia al monarca católico y recibieran el bautizo; a ello respondieron uno a uno los doce principales, tomando media hora cada uno en su razonamiento, “con notable energía y acciones”.¹¹³ En un contexto en el que las decisiones colectivas se tomaban tras largos “tlatoles”, los principales debían tener como una de sus cualidades el don de la elocuencia: así lo señala el testimonio ya citado del soldado del presidio de la Mesa del Nayar, al referir que ciertos hueitacales eran tenidos por tales gracias a que eran “más habladores y como predicadores de sus falsas supersticiones”.

De los ejemplos anteriores, se colige también otra cualidad de estos líderes: su capacidad para negociar con los representantes del mundo hispano, ya fueran frailes, capitanes militares o mensajeros. Son ellos los que llevan la voz y hablan en representación de los que habitan sus rancherías; aún cuando los españoles entraran a la sierra buscando entrevistarse con su Huitlalcál o principal, casi siempre se encontraron con grupos de principales a los cuales intentaron convencer o con quienes trataron de negociar. Buscaban al “señor” de los nayaritas pero de forma recurrente se topaban con numerosos principales. Y es que del discurso puesto en boca del indio Marcos, se deduce también que los principales tenían una capacidad limitada para obligar a otros jefes de familia a actuar en contra de sus propios deseos; su poder coercitivo era pequeño.

¿Cómo evitar, o por lo menos, disminuir, el riesgo de escisiones bajo este esquema de organización política que parece sumamente flexible? A partir de la información que proporcionan las fuentes, es posible entrever algunos de los mecanismos empleados por los diferentes principales para sumar adeptos a sus rancherías, situación que les garantizaba mayor autoridad y prestigio. Por ejemplo, las menciones recurrentes a los matrimonios entre gentiles, esto es, indios coras, y los españoles, mestizos, mulatos e indígenas que huían del mundo cristiano y eran recibidos en la sierra, los tan mencionados apóstatas, nos muestran la relativa facilidad con que estos

¹¹³ “Relación del Gran Nayarit, Tomás de Solchaga al obispo de Durango Pedro de Tapiz y García”, Valle del Súchil, 25 de febrero de 1716, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 141v.

individuos eran integrados dentro de los lazos familiares, lo que tenía como consecuencia afianzar su establecimiento en la sierra al tiempo que se les integraba a las actividades rituales y económicas del Nayar. Recordemos que, en diversas ocasiones, ante la solicitud de las autoridades civiles y eclesiásticas para que los coras entregaran a los apóstatas, éstos respondieron que les era imposible pues ya se habían casado con gentiles y “eran todos unos”. La importancia de los enlaces matrimoniales y la creación de lazos de parentescos entre principales la observamos en el caso de Juan Lobato Cacalosúchil y Domingo de Luna, suegro y yerno respectivamente, quienes adoptaron una actitud favorable a las entradas militares y terminarían convirtiéndose en colaboradores de los capitanes españoles.

No obstante, el culto solar con sede en la Mesa del Nayar funcionó como el principal elemento aglutinador. Las fuentes primarias son enfáticas al señalar que, a pesar de la falta de unificación política, en términos religiosos todos los habitantes de la sierra reconocían al Tonati como sacerdote supremo y concurrían a las fiestas que se realizaban periódicamente en la Mesa. El ser adoradores del sol y de sus antepasados se convirtió así en un elemento identitario de primera importancia entre los nayaritas.

Más aún, numerosos indígenas y mestizos de la región habrían participado también del culto al sol en la Mesa del Nayar. Así, de acuerdo con Arias, a la casa del Nayarit en la ranchería de Tzacaimuta, acudían indios de toda la sierra:

Es tan venerada esta casa, que el que habiendo cometido algún delito se entra en ella queda libre y perdonado de sus enemigos, ofrecense a estos cuerpos las primicias de todo género de semillas y frutas, también ofrecen la sal, carne, pescado, algodón, jícaras, platos, quetzales o plumeros, xihuites, formas de barro, arcos y flechas, y en algunos tiempos sangre humana, con respecto a lo misterioso de cada cuerpo, tienen en esta casa un pozo o cisterna, puesta la boca con cuidado y nivel al punto de medio día, donde ofrecen la sangre que de cada ranchería le llevan en plazos.¹¹⁴

¹¹⁴ “Informe sobre la reducción y conversión de indios bárbaros de la Sierra de Nayarit, Antonio Arias de Saavedra”, Acaponeta, 2 de febrero de 1672, AGI, *Guadalajara*, 13, r. 2, n. 22-25, f. 20v.

Cada una de las parcialidades serranas replicaría en pequeña escala el culto religioso que se llevaba a cabo en la Mesa del Nayar; ejemplo de ello lo tenemos en la parcialidad del indio Marcos, quien según Bracamonte tenía un “ídolo” en unas casas separadas, metido dentro de “una cajuela tan diáfana que al cargarlo se ve sin sacarlo de la dicha cajuela por donde quiera, y que parece un santito”, resguardado de las miradas ajenas dentro de una olla grande de barro. En los primeros días del mes de enero, los habitantes de las seis rancherías de la parcialidad de Tocaiche se reunían para renovar la casa del dios, así como ofrecerle cada uno “su don”: los hombres una flecha y las mujeres sarcillos, cuentas o anillos. El mismo día comenzaba el ayuno sexual, que se prolongaba hasta fines del mes de enero, “y para no quebrantarlo se van a cazar a los montes porque tienen por abuso que si lo quebrantan luego se morirán”.¹¹⁵

Pero, de acuerdo con Arias, numerosos indios cristianos de la región participaban también con regularidad en las ceremonias y bailes en la sierra, además de que era “voz común que todos los más naturales de esta tierra, envían a ofrecer a este templo del Nayarit las primicias de todos frutos”.¹¹⁶ Ya fray Francisco Barrios en 1604, observó la numerosa participación de indios cristianos procedentes de las conversiones franciscanas en la ceremonia que presenció durante su entrada a la sierra. Estas mismas informaciones serían confirmadas por el obispo Garabito en 1649 y por Francisco de Bracamonte a fines del siglo XVII. Éste último por ejemplo, señaló que

con ocasión de sus tratos con los cristianos se dice comúnmente en aquella tierra que los indios de parte de los cristianos le envían a los ídolos del Nayarit [...] la primer sal y camarón. Y de otra india de Tonalisco de los ya reducidos, supimos había ido como a novenas al Nayarit estando enferma, para pedir a los ídolos por su salud.¹¹⁷

¹¹⁵ “Francisco de Bracamonte hace relación del estado que tiene la nueva población”, Atonalisco, marzo de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 37-37v.

¹¹⁶ “Carta de fray Marcos de Otalora a la Audiencia de Guadalajara”, Atonalisco, 10 de marzo de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 27.

¹¹⁷ “Informe de los bachilleres Juan de Bracamonte y Luis Martín sobre la entrada que como misioneros hicieron a la sierra del Nayarit con el capitán Francisco de Bracamonte en 5 de octubre de 1700”, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 146v-147.

Así, como sacerdote de la Mesa del Nayar, la influencia del Tonati se extendía no sólo más allá de su parcialidad sino que abarcaba a todos los indios de la sierra y alcanzaba incluso a numerosos indios cristianos de la región para quienes, como hemos visto ya en el capítulo anterior, su identidad como cristianos no era excluyente respecto a su participación en otros cultos religiosos.

Sin embargo, ni las alianzas matrimoniales, ni la autoridad del liderazgo construido por los principales, ni el culto religioso en la Mesa del Nayar pudieron evitar por completo la dispersión o las escisiones. Un ejemplo puntual lo tenemos nuevamente en el caso de la parcialidad de Tocaiche que, según palabras de Francisco Bracamonte, para 1697 se hallaba a punto de despoblarse. Capitaneada por el indio apóstata Marcos, muchos de sus adeptos prefirieron abandonar sus rancherías en la sierra para abrazar la vida misional que preconizaba Bracamonte. Esto mermaba la de por sí precaria autoridad del capitán Marcos, pues sabemos que éste tampoco contaba con el apoyo de los principales de las otras parcialidades quienes, por el contrario, lo aborrecían. Así, es posible que los indios de su parcialidad, al ver disminuidas las cualidades personales y la autoridad de su principal o cabeza de la ranchería, hayan optado por abandonarle y aceptar los ofrecimientos del capitán español. Marcos, por su parte, tampoco contaba con los medios para obligar a sus adeptos a permanecer a su lado: con sus hombres disminuidos, sin una fuerza militar permanente y sin apoyo de las otras parcialidades, no le quedó más remedio que afirmar que todos aquellos que quisieran salir de la sierra a instancia de Bracamonte podrían hacerlo sin que él les estorbara la salida.¹¹⁸ Para 1708, la ranchería de Tocaiche, cuyo “magnate” era don Marcos, contaba sólo con 20 habitantes, siendo la segunda ranchería menos poblada de las 20 que se refieren para esa fecha.¹¹⁹

¹¹⁸ “Carta de fray Marcos de Otolara a la Audiencia de Guadalajara”, Atonalisco, 10 de marzo de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15, f. 28v; “Francisco de Bracamonte hace relación del estado que tiene la nueva población”, Atonalisco, marzo de 1697, ARANG, *Civil*, c. 298, exp. 15 y 34v.

¹¹⁹ “Información de Juan de la Torre Gamboa ante Pedro Álvarez de Ron, sobre el estado del Nayar”, Jerez, 8 de noviembre de 1710, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 16.

Así pues, estamos frente a líderes con “poco poder institucional pero con gran dominación personal; fuertes personalidades que mantienen, sin poder coercitivo, la cohesión y el orden gracias a su capacidad de organización y administración de los asuntos internos”.¹²⁰ En el contexto novohispano, la función de los principales nayaritas habría sido “la de ser procesadores de información intra e interétnica: procesador y negociador entre su parcialidad y los criollos, entre su parcialidad y otras parcialidades y entre los parciales que le siguen y fundamentan sus liderazgos”.¹²¹ No obstante, en tanto la autoridad de estos principales dependía de sus cualidades personales y no del “cargo” institucional, podía fácilmente perderse cuando sus seguidores, los miembros de su parcialidad, perdían la confianza depositada en él, pues “rota la confianza, desaparece la obediencia, se pulveriza la parcialidad y desvanece el líder”.¹²²

Analizaremos a continuación los sucesos ocurridos antes, durante e inmediatamente después de la visita a la ciudad de México de los principales nayaritas pues, en mi opinión, se trata de una muestra palpable del fracaso de un principal, en este caso el Tonati, para imponerse como autoridad controladora. Ante su fracaso, el Tonati sufrió la peor sanción que podía recibir por parte de su gente y de otros principales: fue desconocido como autoridad legítima, abandonado, e incluso amenazado de muerte.

LA VISITA A LA CIUDAD DE MÉXICO Y LOS SIGNOS DE RUPTURA

Si observamos las distintas explicaciones referentes a la causa principal de la conquista de los coras en 1721, veremos que todas hacen énfasis en la crisis que se generó al interior de la sierra cuando los caminos comerciales a la costa fueron cerrados. Esta versión se basa, nuevamente, en José Ortega, quien afirma que los problemas para los coras gentiles habrían iniciado cuando los pueblos ubica-

¹²⁰ Bechis, “Los lideratos políticos...”, p. 296.

¹²¹ *Idem.*

¹²² *Idem.*

dos al poniente de la sierra, hacia las costas de la Mar del Sur, decidieron confrontar a los coras por los frecuentes “atrevimientos, robos e insultos” que perpetraban en sus pueblos ubicados en la ruta comercial transerrana. Por tanto, estos pueblos “determinaron, para evitar mayores descalabros, con esforzada resolución repeler fuerza con fuerza, y previniéndose de armas salieron en su seguimiento con tal celeridad que llegaron a alcanzarles, logrando aprehender algunos muchachos con dos adultos”.¹²³ Estos últimos, ya presos habrían sido enviados a Guadalajara, mientras que los jóvenes fueron retenidos en los pueblos para instruirlos en la fe.¹²⁴ Declarada ya la enemistad, los coras habrían visto bloqueado el camino para comerciar sal desde las costas de Olita hacia la sierra y las minas al occidente.

A partir de las fuentes documentales, podemos ver que no sólo el conflicto con los pueblos del poniente, particularmente con Cuyután, movilizaron a los coras gentiles para buscar contacto con el gobierno virreinal. Además de las afectaciones a la ruta de comercio de sal, se mencionan “epidemias en sus ganados” así como la falta de lluvias que habría “secado su magueyales”.¹²⁵ Quizá, la carestía generada por estos dos fenómenos los habría llevado a ejecutar los robos en los pueblos al poniente de la Sierra. Aunque también existe la posibilidad inversa: que los cuyutecos, quienes ya tenían con los coras gentiles una relación tensa, hubieran aprovechado que sus enemigos se encontraban debilitados por la muerte de ganado y sequía para intentar enfrentarlos.

Por la vertiente occidental de la sierra, los coras se veían amenazados también por los tepehuanes de Huazamota, con quienes estaban en disputa desde 1716, cuando un grupo de tepehuanes sujetos a Huazamota abandonó el pueblo para trasladarse a vivir con los coras gentiles. Ello desató una disputa con los tepehuanes de Ocotán, con quienes se había tenido hasta entonces una relación de colaboración y cercanía (véase capítulo “La conquista del Nayar. Las milicias indígenas”).

¹²³ Ortega, “Maravillosa reducción”, p. 75.

¹²⁴ *Idem.*

¹²⁵ “Carta consulta de don Martín Verdugo de Haro y Dávila, corregidor de Zacatecas, al virrey”, Zacatecas, 25 de noviembre de 1720, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 245.

Es importante tener en cuenta que para 1721 la monarquía hispana, como otras contemporáneas en Europa, atravesaba por un proceso de consolidación territorial y fijación de sus fronteras que la llevaron a insistir en la conquista de las fronteras interiores. También resulta valioso atender a estos pequeños cambios en la dinámica local, a los procesos regionales, específicos, que cambiaron la correlación de fuerzas entre los coras gentiles y los pueblos comarcanos, llevando a los primeros a buscar un acercamiento con el gobierno virreinal.

Enemistados con diversos pueblos al poniente y al occidente de la sierra, los coras vieron con buenos ojos las promesas de ayuda de Juan de la Torre, con quien tenían entonces una relación de más de una década. La situación debió ser crítica, puesto que, como se ha visto, las entradas de españoles —misioneros, civiles, militares— se habían sucedido a lo largo de dos siglos obteniendo sólo el sometimiento de algunas rancherías en la periferia, pero no una promesa de conversión de todas las rancherías de gentiles, incluyendo la cabecera.

No contamos con testimonios directos, ni de Juan de la Torre ni de los coras, para saber cuáles fueron las condiciones en que se llevaron a cabo las negociaciones entre ambas partes y que culminarían con su visita a la ciudad de México. Las primeras noticias al respecto datan de noviembre de 1720, cuando el corregidor de Zacatecas Martín Verdugo de Haro y Dávila dio cuenta al virrey de que los nayaritas habían buscado a Juan de la Torre para manifestarle “sus deseos de reducirse dando la obediencia a su majestad”, instándolo mediante cartas para que pasara a la sierra a verlos en persona “y los consuele en los desconsoles que le representan tener”.¹²⁶ Al parecer, Torre se había negado a acudir al llamado de los coras argumentando no contar con los recursos económicos para costear la entrada a la sierra, pues parte de la costumbre incluía “obsequiar a los indios” bienes diversos: tabaco, sombreros y telas. Ante la negativa, los llamados de los coras arrieron, mandando incluso decir que para mediados de diciembre “se hallan resueltos a enviar

¹²⁶ *Ibidem*, f. 246.

50 indios principales para que en nombre de todos den la obediencia a su majestad”.¹²⁷

Todo parece indicar que la intención de los coras era solamente acudir a la ciudad de Zacatecas a rendir obediencia al rey y solicitar a cambio, auxilio de las autoridades virreinales para la solución de los problemas que enfrentaban, pero una vez en el real de minas, el corregidor negoció con ellos que “continúen su transporte a los pies de vuestra excelencia acompañados del dicho capitán Juan de la Torre”,¹²⁸ como en efecto sucedió.

Ahora bien, la promesa de los coras de rendir obediencia al monarca católico es plausible, se encuentra dentro del repertorio de estrategias políticas empleadas por los coras para evitar la confrontación con los representantes del mundo hispano que se habían adentrado en la sierra. Así, vemos que en diversos momentos, diferentes rancherías coras contactadas por misioneros o militares ya habían “rendido obediencia” al rey español. En 1618 lo hicieron por intermediación del capitán Bartolomé de Arisbaba, quien a partir de entonces se hacía llamar conquistador del Nayar.¹²⁹ También sucedió en 1716, ante la comitiva de Tomás de Solchaga y Gregorio Mendiola, aunque, a decir del primero, éste había sido un acto “sólo de palabra, fútil y vana”.¹³⁰ Lo que sí resulta novedoso fue la promesa, dada en Zacatecas, de continuar hacia la ciudad de México, decisión que al parecer no fue concensuada y generó en la comitiva de principales la primera escisión.

De acuerdo con Ortega, habrían salido del Nayar hacia Zacatecas 50 principales, de los cuales 25 decidieron volver a la sierra antes de partir hacia la ciudad de México, movidos por la desconfianza y el peligro de alejarse de su tierra; y aunque los otros 25 tenían también la intención de regresar, puso freno a su intento el ejemplo del Tonati, quien se mantuvo firme en seguir el viaje y fue seguido por el resto de los principales con respeto.¹³¹ Sin embargo, como hemos

¹²⁷ *Ibidem*, f. 244-247v.

¹²⁸ *Ibidem*, f. 247.

¹²⁹ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 32.

¹³⁰ “Relación del Gran Nayarit, Tomás de Solchaga al obispo de Durango Pedro de Tapiz y García”, Valle del Súchil, 25 de febrero de 1716, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 142.

¹³¹ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 80.

visto, en el memorial entregado por los coras al virrey en la ciudad de México, sólo se señalan los nombres de 27 principales, divididos en dos grupos: quince que “quedan en la provincia del Nayarí” y doce que se encontraban en la capital virreinal “quienes han sido los que han cooperado en la reducción a la obediencia de su majestad”. Así, a pesar de la versión de Ortega, todo parece indicar que el viaje a la ciudad de México no estaba en los planes de la comitiva que salió del Nayar con rumbo a Zacatecas a rendir obediencia. Esto habría sido negociado una vez que los coras se hallaban ya en el real de minas, y la decisión de continuar —apoyada por el Tonati, por el intérprete cora Pablo Felipe y por Juan de la Torre— no fue apoyada por todos los principales, quienes decidieron regresar al Nayar.

¿Por qué decidió el Tonati continuar el viaje a la ciudad de México aún sin contar con el apoyo del resto de la comitiva? Como ya he señalado, no hay referencias al Tonati en la relación de principales del Nayar de 1708 o en la entrada de Solchaga en 1716, lo que me ha llevado a especular que el Tonati habría asumido el cargo en algún momento entre 1716 y 1720. ¿Podríamos pensar que se trataba de un principal “joven” tratando de hacer valer su prestigio como sumo sacerdote de la Mesa del Nayar, frente a otros caciques de más edad y experiencia como Alonso de León o Nicolás Mesquite? ¿O fue quizá su falta de experiencia lo que le llevó a intentar imponer su autoridad al grupo de principales? ¿Podemos ver esta decisión como un intento del joven Tonati por imponerse al resto de los principales coras, sin medir las consecuencias —ser destituido y granjearse la enemistad de su gente—? Sea como fuere, su decisión de continuar a la ciudad de México provocó una clara ruptura en el grupo de principales, al ser abandonado por todos aquellos que no estaban de acuerdo en rendir obediencia ante el virrey ni en solicitar su auxilio a cambio de la conversión religiosa. Esto podemos corroborarlo al observar que justamente aquellos principales que se opusieron a las entradas militares y orquestaron la emboscada a Juan de la Torre, aparecen en el grupo de los que se quedaron en la sierra, y ninguno acompañó al Tonati.

Curiosamente, a pesar de no contar con su apoyo, los principales que se quedaron en la sierra no fueron excluidos del memorial entregado al virrey. En él los coras afirmaron estar dispuestos a “ponerse a los pies del alto y poderoso rey de las Españas, señor a quien

rendidamente veneran”,¹³² a cambio de que se les garantizara el cumplimiento de diez “pactos” o condiciones que ya he reseñado. Me interesa aquí llamar la atención sobre la última de estas condiciones, que a la letra señala:

La décima, que hallándonos con el desconsuelo de que algunos de los nuestros que no han convenido en dar la obediencia a nuestro rey y señor de que puede resultar cuando nos volvamos algunas inquietudes de que haya duda en nuestro leal proceder, se ha de servir la grandeza de vuestra excelencia de intimarlos y prevenirlos para que por medio de nuestro capitán protector y mi insinuación se reduzcan a la obediencia de su majestad admitiéndolos a su gracia sin que les sirva de obstáculo a dichos caciques la renuencia que han tenido en no concurrir con nosotros a dar la obediencia a su majestad, que habiéndola dado por los requerimientos de vuestra excelencia y los nuestros han de gozar de los mismos privilegios que nosotros, y si la alta comprensión de vuestra excelencia como más experto en esta materia reconociere ser necesario el que vaya alguna gente de resguardo para guardia de las personas, en tanto se manifiesta en el ánimo de los que no han convenido en dar obediencia a su majestad y vuestra excelencia dará la providencia que más convenga.¹³³

De esta forma, podemos ver que el Tonati tenía claro que la decisión de rendir obediencia al monarca católico no era aceptada por todos los habitantes de la sierra. Más aún, reconoce ante el virrey que su gente se hallaba dividida e incluso señala la posibilidad de algunos disturbios o “inquietudes” que pudieran originarse a su regreso, por lo que pide para sí y sus acompañantes “gente de resguardo”, lo que se materializó en una escolta armada. A través de este memorial, prácticamente estaría invitando a las autoridades virreinales a enviar gente armada al Nayar. Pareciera que el Tonati recelaba ya que no sería bien recibido por los principales que se habían quedado en la sierra.

La respuesta del virrey llegó acompañada de una petición: que el Tonati se bautizara en la ciudad de México. La aceptación por parte

¹³² “Memorial de los indios nayaritas entregado al virrey en la ciudad de México”, 15 de marzo de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 255-255v.

¹³³ *Ibidem*, f. 257-257v. Véase anexo “Memorial de los indios nayaritas...”.

del Tonati terminó de fracturar su ya mermada comitiva. Luego de que se les apareciera el ídolo del Nayar y amenazara con castigos si aceptaban el bautizo y llevaban soldados y misioneros a la sierra, los coras apresuraron su salida de la capital. En el trayecto, el Tonati fue increpado por un “indio viejo” y amenazado de muerte. Más aún, pareciera ir en calidad de rehén de Juan de la Torre, a quien el virrey había encargado no dejar que el Tonati entrara solo a la sierra, no por cuidar de su persona, sino para lograr que los nayaritas, si no se rendían “al respeto de las armas”, lo hicieran al saber que los españoles tenían en su poder “prenda tan grande como era su soberano”.¹³⁴

Amenazado y despreciado por los suyos, y convertido en rehén de su aliado Juan de la Torre, el Tonati perdió con su viaje a la ciudad de México toda autoridad frente a los principales serranos, incluso aquellos que le habían seguido a la capital virreinal. Aunque logró evitar el bautizo y huyó hacia la sierra sin pasar por Zacatecas ni Jerez, no volvió a ser visto sino hasta marzo de 1722, cuando fue capturado por Flores de San Pedro. Algunas versiones insinúan que se mantuvo escondido junto con su familia ante las amenazas de muerte de los principales; otras, que permaneció en la Mesa del Nayar hasta que ésta fue tomada por Flores de San Pedro en enero de 1722, y entonces huyó. Lo cierto es que no aparece ya como figura importante en las negociaciones con los capitanes españoles, parece haber cortado comunicación con Juan de la Torre y con el intérprete Pablo Felipe, y tampoco aparece participando en los tlatoles o reuniones encabezadas por los principales indígenas que articularon la resistencia. No obstante, vale la pena señalar que tampoco se sumó a las fuerzas de Juan de la Torre cuando éste llegó a Peyotán, como sí lo hicieron otros principales como Juan Lobato, el Tlacsane o Domingo de Luna.

Sin duda, muchas de las acciones emprendidas por el Tonati continúan resultando incomprensibles e inexplicables, a falta de mayor información. ¿Deseaba realmente el Tonati someterse a la corona española, bautizarse, reducirse a la vida misional? ¿Estaba dispuesto a abandonar el culto que él mismo encabezaba en la Mesa del Nayar? ¿Fue aquella crisis en la sierra, en 1720, tan importante que

¹³⁴ Ortega “Maravillosa reducción...”, p. 94-95.

lo moviera a tomar semejantes decisiones? ¿Qué perseguía con su visita a la ciudad de México?

Finalmente, un elemento digno de resaltar es la relación desarrollada entre Juan de la Torre y el Tonati, pues a través de ella quizá podamos explicar el intento de imposición de este último y su consecuente fracaso. Como ha sido documentado en otros espacios fronterizos americanos, fue común que, en la interacción entre sociedades indígenas y el mundo colonial, las autoridades hispanas tendieran a negociar sólo con un principal o cacique por grupo, aún cuando existieran en determinados territorios numerosos principales en igualdad jerárquica, o en otros casos, jefaturas duales.¹³⁵ Ello se debió en buena medida a la necesidad de simplificar un panorama político que, ante los ojos europeos, podía resultar sumamente confuso, dada la cantidad de grupos y principales con los que tenían contacto.

En algunos casos, las autoridades españolas implementaron acciones que buscaban de forma deliberada cambiar la relación establecida entre un principal o cacique y sus congéneres. Entre ellas pueden contarse el reconocimiento, mediante la entrega de bastones de mando, de caciques secundarios o de rango inferior, pero que se mostraban favorables a la presencia hispana. En otros casos, un principal colaboracionista que ya era “respetado por su gente y por sus pares” era dotado de atribuciones extraordinarias que buscaban ponerlo por encima de otros principales, investirlo de un poder que, en principio, no poseía, con el objeto de facilitar la penetración hispana o la sumisión de un grupo indígena. Producto de esta interacción fue la “rápida preponderancia de las jefaturas unipersonales por acciones (intencionales o no) del poder colonial para facilitar negociaciones, alianzas y prebendas”.¹³⁶

En el caso que nos ocupa, vemos justamente los intentos de Juan de la Torre por presentar al Tonati como “superior” o principal de

¹³⁵ Lidia R. Nacuzzi, *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 1998, p. 186.

¹³⁶ Lidia R. Nacuzzi, “Repensando y revisando el concepto de cacicazgo en las fronteras del sur de América (Pampa y Patagonia)”, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2008, v. 38, n. 2, p. 77.

toda la Sierra del Nayar. Estando en la ciudad de México, el Tonati mismo se presenta en sus escritos ante el virrey como “Grande del Nayari” y en correspondencia, éste le da el nombre de “Gran Nayari”, refiriéndose a los habitantes de la sierra como “sus súbditos”. El abogado fiscal de la Real Audiencia de México le menciona como “Gueytlacatl del Nayarit” y la *Gaceta de México*, como “rey o sumo sacerdote” y también “príncipe”, a quien el virrey agasajó regalándole diversos bienes de lujo.¹³⁷

Así, vemos cómo las autoridades virreinales se empeñan en investir al Tonati de cualidades tocantes a los monarcas europeos. Se le dio el título y tratamiento de rey o príncipe, si bien de gentiles, y se asume que posee una autoridad tal que, si él rinde obediencia al monarca español, a través suyo lo hace toda la provincia en donde habitan sus “vasallos” o “súbditos”, ignorando el poder y peso político de los principales que han permanecido en la sierra. Más importante aún es notar que el Tonati mismo parece participar de esta dinámica, no sólo por la manera en que se presenta en sus escritos, sino por las decisiones trascendentales que toma en la ciudad de México sin contar con el consenso del resto de caciques serranos.

Es posible que Juan de la Torre no ignorara la ficción de pretender que el Tonati tenía control político sobre todas las rancherías de la Sierra del Nayar. De hecho, sabemos por Ortega que algunos españoles en Zacatecas cuestionaron el viaje a la ciudad de México y sus objetivos, señalando que el Tonati no era tenido por superior de todos los nayaritas:

Y aunque no faltó —dice Ortega— quien le negase al Tonati la superioridad a todos los nayeres, pretendiendo que no pasaba su jurisdicción los territorios de su ranchería, que era la de la Mesa, no tuvo otro fundamento que la tenacidad y arrojo del que había formado este dictamen, porque desde el tiempo de Nayerit estuvo siempre anexo el gobierno político de toda la provincia al sumo sacerdote que residía en la mesa, y siéndolo entonces el Tonati, fue capricho el negarle la superioridad.¹³⁸

¹³⁷ *Gaceta de México y noticias de Nueva España*, editada por Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche, n. 2, México, febrero de 1722, p. 3.

¹³⁸ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 81.

No obstante, la afirmación del jesuita y la manera en la que el Tonati fue marginado una vez que regresó a la sierra mostraría que ni gozaba de tal superioridad en lo político, ni los habitantes de la sierra y mucho menos los principales de las rancherías se asumían como sus súbditos. Gran parte de este discurso obedeció seguramente a la necesidad de las autoridades de “crear” un superior o jefe con el cual negociar, aunque en este caso es evidente que tal operación no tuvo los resultados esperados.

PRINCIPALES “COLABORACIONISTAS”. SU DESTINO TRAS LA CONQUISTA

Como ocurrió con los principales indígenas de otras regiones novohispanas, muchos verían traicionadas las promesas españolas de protección, promoción y amparo una vez consumadas las campañas militares. Los casos mejor conocidos proceden del centro de la Nueva España y se refieren a los nobles indígenas que apoyaron la empresa conquistadora de Cortés. Es el caso de don Antonio Cortés Totoquihuaztli, descendiente del señor de Tlacopan, quien denunció que, aunque el “pueblo y provincia de Tlacopa” recibió de paz a los españoles y prestó ayuda cuando éstos “cercaron y conquistaron México”, una vez consumada esta conquista el señorío de Tlacopan fue desmembrado y sus tierras y sujetos repartidos a diversos españoles.¹³⁹ De igual modo don Pedro de Santiago y los principales de Xochimilco relataron a Felipe II la ayuda prestada en la toma de Tenochtitlan —nada menos que 2 000 canoas cargadas de bastimentos y 12 000 hombres de guerra—, pero también su participación con hombres y bastimentos para las expediciones a Honduras y Guatemala, Pánuco, Xalisco, socorriendo a unos españoles que “eran pocos y mal proveídos y andaban por tierras que no las entendían si nosotros no se las mostráramos”. No obstante, en lugar de recibir “mercedes y franquezas”, Xochimilco fue desposeído

¹³⁹ Véanse las cartas de don Antonio Cortés Totoquihuaztli al emperador Carlos V, escritas en 1552, en Pérez-Rocha y Tena, *La nobleza indígena...*, p. 161-178 y 245-247.

de pueblos de indios y tierras.¹⁴⁰ Quejas similares expresaron don Pablo Nazareo, señor de Xaltocan, y los descendientes de Cohuana-cochtzin, señor de Texcoco.

Los principales coras que decidieron aliarse a las fuerzas españolas tampoco corrieron con mejor suerte. Los tres principales que, según las fuentes, se sumaron a la entrada de Juan de la Torre y apoyaron también a Juan Flores de San Pedro, muy pronto debieron afrontar las consecuencias negativas de la presencia hispana en la otrora “rochela de la gentilidad”, y vieron frustradas las expectativas que los habrían llevado a sumarse al bando español. Pero, ¿cuáles eran éstas?

La documentación no es explícita respecto a los motivos que tuvieron Juan Lobato Cacalosúchil, Francisco López Tlacsane y Domingo de Luna para apoyar a los capitanes españoles al tiempo que se desligaban de los coras que decidieron resistir. En los casos en que éstos se dirigieron a la autoridad hispana, adujeron haberlo hecho de buena fe y en su calidad de cristianos, ya que los tres principales eran señalados como apóstatas; pero justamente esta condición de tráfugas del cristianismo los hacía sospechosos a ojos de los españoles. Por ejemplo, el capitán Santiago de Rioja y Carrión, vecino de Zacatecas que acompañó a Torre y a la comitiva nayarita a la ciudad de México, y se halló presente también en la primera entrada militar, afirmó que Cacalosúchil sólo se había unido a las fuerzas de Torre por el interés de no perder sus bienes, entre los que se contaba una cantidad importante de ganado, afirmando que, por esta razón, consideraba que la presencia de éste en las fuerzas armadas de Torre era de nula utilidad. Incluso, Rioja llegó a acusar a Cacalosúchil de “admitir en su casa en secreto a los nayaritas y apóstatas y se sospecha les aconseja con otras señales con que ellos se entienden de quemazones y humaredas”.¹⁴¹ Domingo de Luna y el Tlacsane fueron también señalados como poseedores de grandes cantidades de ganado vacuno y caballo. Al Tlacsane se le acusaba además de ser un apóstata que vivía con “cinco o seis mujeres

¹⁴⁰ “Carta de don Pedro de Santiago y de los principales de Xochimilco al rey Felipe II, 20 de mayo de 1563”, en Pérez-Rocha y Tena, *La nobleza indígena...*, p. 281-286.

¹⁴¹ “Informe sobre el número de hombres que se necesitan para la entrada y reducción del Nayarit, Santiago Rioja y Carrión”, Zacatecas, 20 de diciembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 556v.

infieles, y apenas le tratan de que se aparte de ellas se vuelve para sus ranchos”.¹⁴² Fray Domingo de Solís, cura de Huajimic, afirmaba que su petición de sumarse a la misión de Huajimic no se originaba sino del temor, “y así que sepan que están sosegados los soldados se saldrán para sus tierras otra vez”.¹⁴³

Así, las sospechas de haber apoyado las entradas militares buscando resguardar sus bienes materiales, o de hacerlo movidos más del temor que de la convicción, pesaban sobre los principales colaboracionistas. Sin embargo, es importante no perder de vista que tales opiniones en muchos casos revelan la concepción que se tenía de los indios apóstatas como indignos de confianza, ladinos, traidores, de ahí que dichas afirmaciones no necesariamente nos explican el actuar de estos principales. Sin descartar que efectivamente éstas se encontraran entre sus motivaciones, existen indicios que apuntan a la intención de los principales por mejorar su posición política en la sierra aliándose con los españoles.

Y es que llama la atención que ni Juan Lobato Cacalosúchil, ni su yerno Domingo de Luna, aparecen mencionados en las listas de magnates o caciques del Nayar elaboradas en 1708 y en 1721, a más de que ninguno de ellos acudió a la ciudad de México con la comitiva del Tonati —Cacalosúchil argumentó que no lo hizo por motivos de salud—. Sin embargo, en el caso de la lista de 1721, la omisión de ambos personajes es particularmente importante, porque ésta fue elaborada por los propios coras para solicitar al virrey que, a los principales que aparecían nombrados en ella, se les respetaran “todos los fueros y privilegios” que les correspondían en su calidad de caciques. Es decir, en la lista encontramos a los caciques o principales que la propia élite cora —o por lo menos, el Tonati y aquellos que le acompañaron a la capital virreinal— reconocía como tales. Por lo tanto, es posible que Cacalosuchil y Domingo de Luna —nombrados ambos “guitlactal” por las autoridades hispanas— no fueran reconocidos como principales por la élite indígena de la sierra.

¹⁴² “Carta de fray Domingo Antonio de Solís cura de Huajimic a don Agustón Fernández de la Cueva, alcalde mayor de Jora”, Izatlán, 13 de febrero de 1722, AGI, Guadalajara, 162, f. 714v.

¹⁴³ *Ibidem*, f. 714-714v.

Recordemos que a la llegada de la entrada militar de Juan de la Torre, Juan Lobato Cacalosuchil vivía con su gente a media legua de Peyotán, y su yerno Domingo de Luna apenas a una legua de distancia. Pero Peyotán no aparece consignado en la lista de rancherías de gentiles del Nayar de 1708, en la que se establece la ranchería de Picachos o la puerta del Nayar como la frontera del territorio de los gentiles hacia el oriente. Al parecer, el resto de los principales coras no consideraban Peyotán y sus inmediaciones como parte del territorio perteneciente al Nayar; de hecho, para esos años el pueblo era habitado por indígenas tepehuanes sujetos a Huazamota, por lo que quedaba fuera de la geografía política de los gentiles nayaritas.

Vale la pena señalar también que en 1711, cuando Margil de Jesús intentó contactar a los coras, él y su comitiva partieron desde Huazamota y debieron, por tanto, pasar por las inmediaciones de Peyotán, ubicado en la ruta de acceso a la sierra. Inicialmente a Margil le cerraron el paso numerosos indios armados que hicieron mofa de él y su gente y se mostraron desafiantes. Pero, al enviar Margil al intérprete Pablo Felipe para intentar negociar que le permitieran entrar a la sierra a predicar, el intérprete regresó con un mensaje del capitán de los gentiles:

Decile a los padres que yo y muchos de los que salimos somos cristianos alzados y el uno español, que se quedó atrás de vergüenza aunque embijado como los otros, y que todos los que estamos aquí nayaritas fronterizos estamos sentenciados a muerte por los viejos principales si los dejamos pasar de esta banda del río para adelante, y que de no matarlos nosotros a ellos los de dentro han de matar a ellos y a nosotros por traidores y a ellos por rebeldes.¹⁴⁴

Si tomamos como verídico este mensaje —el cual, no obstante, presenta el inconveniente de no poder ser verificado—, la respuesta hace patente la división existente entre estos autonombrados “nayaritas fronterizos” y los “viejos principales” que habitaban la sierra, quienes se mostraban verdaderamente reacios a la sumisión. Los nayaritas fronterizos en cambio, “cristianos alzados”, no se hallaban

¹⁴⁴ “Relación del padre Antonio Margil de Jesús sobre su entrada a la sierra”, Guadalajara, 13 de junio de 1711, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 47.

tan convencidos de la conveniencia de rechazar el contacto español y parecieran más bien mostrarse arrepentidos de haber abandonado la vida en policía, pues aseguraban que, en caso de entrar soldados a la sierra, no dudarían en apoyar la conquista. De tal suerte, el capitán de los nayarits fronterizos pidió a Pablo Felipe que dijera a los frailes:

De parte mía con mucho secreto y de todos los que nos hallamos fronterizos aunque alzados, que luego que vengan soldados nos arrimaremos a ellos todos sin quedar ninguno de cuantos estamos en estas entradas, para que con eso podamos libremente quedar cristianos sin el temor de que nos maten estos bárbaros nayaritas, que viniendo con soldados les serviremos y asistiremos de guía armados o desarmados como quisieren y hasta que vengan acompañados de soldados no pasen adelante, porque no teniendo nosotros quien nos defiendan y amparen es preciso quitarles las vidas si pasan adelante, porque de no hacerlo así pereceremos ellos y nosotros.¹⁴⁵

Por desgracia, en ningún fragmento de la crónica de la entrada de Margil figura el nombre de este capitán de los “nayaritas fronterizos” que, según el mensaje de Pablo Felipe, vivían amenazados de muerte y ofrecieron sumarse a la entrada española. ¿Podría tratarse de la ranchería de Cacalosúchil o la de Domingo de Luna? Debido a su cercanía con Peyotán se trata de una hipótesis que no es descabellada, aunque sea imposible aseverarlo a falta de mayor información.

Lo que sí podemos asegurar es que Juan Lobato Cacalosúchil no tenía una buena relación con sus vecinos tepehuanes sujetos a Huazamota, particularmente los del pueblo de San Lucas. La disputa parece haberse originado justamente por el puesto de Peyotán, pueblo de misión fundado por franciscanos de Zacatecas en la primera mitad del siglo XVII y sujeto a la cabecera de Huazamota. En 1672 Arias de Saavedra menciona Peyotán como pueblo de la nación tepehuana.¹⁴⁶ Pero todo parece indicar que en 1716 el pueblo

¹⁴⁵ *Ibidem*, f. 47v-48.

¹⁴⁶ “Informe sobre la reducción y conversión de indios bárbaros de la Sierra de Nayarit, Antonio Arias de Saavedra”, Acajoneta, 2 de febrero de 1672, AGI, *Gualajara*, 13, r. 2, n. 22-25, f. 17-17v.

fue abandonado por los tepehuanes que lo habitaban, alrededor de 40 personas, quienes se “alzaron” y se fueron a vivir con los gentiles del Nayar, desatando una disputa entre los tepehuanes de Huazamota y los coras, pues los primeros deseaban que los coras expulsaran de la sierra a esos “hijos” de Huazamota.¹⁴⁷

Cuando Juan de la Torre arribó a la sierra, en Peyotán habitaban sólo dos tepehuanes originarios de San Lucas, hermanos, casados ambos con nayaritas gentiles. En las inmediaciones se ubicaban las rancherías de Domingo de Luna y Juan Lobato Cacalosúchil, este último y su familia utilizaban las tierras inmediatas para sus siembras y para alimentar a su ganado, lo que generó disputas con los tepehuanes de San Lucas, que reclamaban las tierras como suyas y, según Cacalosuchil “siempre nos han mirado mal, pues siempre han estado más osados que nosotros”.¹⁴⁸

Así las cosas, es posible que Domingo de Luna y Juan Lobato Cacalosúchil tuvieran una relación conflictiva con el resto de los principales nayaritas que no los reconocían como tales, al tiempo que también sus vecinos tepehuanes se mostraban hostiles hacia ellos. Lo anterior explicaría la presteza con la que se sumaron a las fuerzas hispanas, pues intentaban obtener una mejor posición política en la sierra construyendo una relación de cercanía con los españoles que llegaban a establecer una nueva jerarquía en la región. Ser reconocidos como principales por los españoles y legitimar su posesión de las tierras de Peyotán, fueron quizá algunos de los motivos que los llevaron a aliarse de forma voluntaria y sin mostrar resistencia a la entrada militar de Juan de la Torre.

Estamos pues frente a indígenas que, ante el escenario de la entrada militar, actuaron de acuerdo a su propia agenda política y buscaron defender sus intereses y los de los suyos. Proteger sus bienes, ser reconocidos por la autoridad española, emanciparse de la tutela de los “viejos principales” con quienes no llevaban una relación del todo cordial, o posicionarse favorablemente en el nuevo orden que

¹⁴⁷ “Petición de los indios de Huazamota al gobernador Juan de la Torre”, San Juan Peyotán, 22 de diciembre de 1721, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 652v.

¹⁴⁸ “Juan Flores de San Pedro concede licencia para que Juan Lobato y sus agregados funden pueblo en Peyotán”, real presidio de San Francisco Xavier de Valero, 26 de abril de 1723, AGI, *Guadalajara*, 109, f. 24v.

se estaba construyendo pueden contarse también entre los motivos que los llevaron a colaborar con los capitanes españoles. ¿Hasta dónde verían cumplidas sus expectativas?

En el caso de la protección de sus bienes y ganado, rápidamente estos principales se vieron desengañados y defraudados. Cacalosúchil primero y el Tlacsane después, denunciaron las muchas afectaciones económicas que sufrieron a manos de Juan Flores de San Pedro y sus soldados. Así, en 1723 Cacalosuchil señaló que, aunque Juan de la Torre había permitido que él y su gente fundaran en Peyotán “el primer pueblo de los nayaritas que dieron obediencia a su majestad”, Juan Flores de San Pedro los obligó a mudarse para fundar el pueblo y misión de San Francisco de Paula, situación que derivó en la pérdida de sus ganados. Por otra parte, los tepehuanes de Huazamota, San Lucas y San Antonio aprovecharon esta mudanza, pues aunque “están más de seis leguas desviados desde nuestro puesto, nos matan nuestras vacas y nos hurtan lo que hay en las huertas”.¹⁴⁹

Evidentemente, para el capitán Flores de San Pedro, el interés por someter y controlar el territorio serrano y sus habitantes, estaba por encima de los intereses particulares de los indígenas, por más que se hubieran mostrado como leales aliados durante la campaña militar. Como ocurrió a lo largo y ancho de la América hispana, siempre que fue necesario se antepusieron los intereses de la monarquía frente a los de los particulares, lo que generó en muchos de los conquistadores, tanto españoles como indígenas, la impresión de no haber recibido una justa recompensa por sus acciones a favor de la expansión del dominio hispano.

En el caso de Francisco López, el Tlacsane, ya hemos visto que luego de un par de años habitando en Huaynamota, en 1724 salió de la sierra con parte de su familia para dirigirse a la ciudad de Guadalajara, en donde expuso sus quejas por los malos tratos a que los sometían los soldados de Flores de San Pedro. En Huaynamota, en 1723 se decidió establecer un presidio, cuyos soldados, según el Tlacsane

¹⁴⁹ *Ibidem*, f. 24-24v.

les mandaban a hacer sus casas trayéndoles horcones, zacate y demás necesario para ellas sin pagarles medio real antes sí amarrándolos a los árboles, azotándolos y maltratándolos de palabra sin darles un grano de maíz para su sustento, el de sus pobres mujeres y criaturas, habiéndolos tenido muertos de hambre todas las aguas pasadas, aun viendo que tenían los soldados sobrado maíz ni por su dinero ni por su trabajo ni de caridad les querían dar un grano ni dejarlos salir, porque en queriéndolo hacer los apalean, azotan y maltratan con que perecen sin recursos.¹⁵⁰

Interrogado sobre los bienes que les habían arrebatado los soldados, el Tlacsane señaló que tanto a él como a los naturales de Huaynamota les habían quitado cerca de 2 000 mulas, todos sus cerdos, más de 1 000 fanegas de maíz, 1 500 fanegas de sal y sus herramientas como hachas y cuchillos.¹⁵¹ De tal suerte, su labor como mensajero y embajador a favor de Torre y Flores de San Pedro durante las entradas militares, de poco le valieron a la hora de intentar preservar sus bienes. De hecho, la pobreza en que se hallaban no sólo los principales, sino los habitantes de la sierra en general, fue señalada por diversas autoridades. Por ejemplo, durante su visita en 1725 el brigadier Pedro de Rivera denunció que los indios de las misiones vivían en la miseria a causa de los despojos de que habían sido objeto durante su reducción. Así, mientras que en tiempo de su gentilidad “traficaban con sus mulas los reinos de Vizcaya y Galicia, conduciendo sal, camarón, pescado, frutas y otros géneros para alimentarse y conservar sus ganados”, en la actualidad se hallaban “tan contenidos en su miseria para trabajar y transitar que apenas el muy corto alimento para mantener la vida no les alcanzan sus fuerzas a solicitar”.¹⁵² Y es que los indios, de acuerdo con el brigadier, le habían dado numerosas quejas sobre Flores de San Pedro y sus capitanes, quienes “sacaron porción de las mejores mulas y todas las cargas de sal que se encontraron”.¹⁵³ Por ello, Rivera no dudó en solicitar que el

¹⁵⁰ “Declaración del indio Francisco López ante la Audiencia de Guadalajara”, 12 de enero de 1724, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 939v.

¹⁵¹ *Ibidem*, f. 940v.

¹⁵² “Informe del brigadier Pedro de Rivera al virrey Marqués de Casafuerte”, Zacatecas, 4 de mayo de 1725, AGN, *Provincias internas*, v. 85, exp. 2, f. 55.

¹⁵³ *Ibidem*, f. 55.

gobierno virreinal socorriera a los indios con recursos que les permitieran comprar mulas y herramientas para sus siembras, esperando que con este socorro aliviaran su miseria.

Volviendo al tema de los principales, vemos que los méritos del Tlacsane tampoco le habrían servido para obtener un trato privilegiado, o por lo menos digno, por parte de los soldados españoles. Incluso, la propia Audiencia de Guadalajara desestimó sus quejas: por sugerencia del fiscal de la audiencia, ni siquiera se llevó a cabo una investigación de las quejas del Tlacsane y su familia, pues a decir del fiscal, no era conveniente dar demasiado crédito a los dichos de los indios por ser gente “no de mucha verdad, como la experiencia lo acredita”. A ello se sumaba el hecho de que el Tlacsane había sido apóstata y algunos de sus acompañantes aún permanecían infieles y sin bautizo, lo que los hacía indignos de confianza. Respecto a los abusos cometidos por los soldados, el fiscal los justificó señalando que la sierra se encontraba “en actual ejercicio de guerra, lo que a veces suele atraer algunos daños cometidos por los propios soldados e indispensables”, por lo que no era siquiera conveniente distraer la atención del gobernador Flores de San Pedro por una queja de tan poca monta.¹⁵⁴ Al Tlacsane y los familiares que le acompañaban se les ordenó volver a Huaynamota sin siquiera la promesa de averiguar sobre este asunto.

Vemos por este caso que otra de las expectativas de los principales colaboracionistas tampoco se vio cumplida, por lo menos no en el caso del Tlacsane: la de establecer una relación de cercanía con la autoridad hispana, que pudiera resultarles beneficiosa en el futuro. Juan Lobato Cacalosúchil sí consiguió, en cambio, que en abril de 1724 Flores de San Pedro le autorizara a regresar con su gente al puesto de Peyotán. Y es que hacía apenas cuatro meses que los coras sujetos a las recién creadas misiones jesuitas se habían rebelado, quemando iglesias y abandonando los pueblos. Flores de San Pedro se hallaba aún inmerso en la pacificación de los sublevados, y quizá consideraría conveniente evitar mayores conflictos; argumentó también la conveniencia de no dejar despoblado el paraje

¹⁵⁴ “El fiscal de la Audiencia de Guadalajara, sobre el caso del indio Francisco López”, Guadalajara, 28 de enero de 1724, AGI, *Guadalajara*, 162, f. 943v-944v.

de Peyotán para evitar el libre tránsito de “los indios medio cristianos de los pueblos comarcanos” a la sierra, para evitar “los insultos y excesos que cotidianamente ejecutan por causa de sus muchas falsedades que son notorias y se experimentan”.¹⁵⁵

Tras el episodio de la rebelión de los coras en 1724, Cacalosúchil obtuvo también un beneficio político, al descubrirse que el gobernador y alcaldes de la misión de San Francisco de Paula planeaban sumarse a la convocatoria de los rebeldes. Al ser destituido el gobernador, Flores de San Pedro decidió dar el cargo a Cacalosúchil, quien además había sido uno de los informantes que le alertaron de la “traición” que planeaban los indios. Así, luego de dos años Cacalosúchil finalmente fue reconocido por Flores de San Pedro como un colaborador leal a los intereses de la corona, y vería rendir los frutos de esa lealtad: mantener su estatus como principal, ser nombrado gobernador, y legitimar la posesión de las tierras de Peyotán que ya usufructuaba desde hacía varios años.

Su yerno Domingo de Luna no debió esperar tanto tiempo para posicionarse favorablemente en el nuevo escenario político serrano. Una vez establecidas las misiones jesuitas, fue nombrado por Flores de San Pedro gobernador de la misión de Santa Teresa Quaimaruzi, donde estableció también una estrecha relación con los jesuitas. Tanto Ortega como Flores de San Pedro y algunos de sus capitanes no escatimaron elogios para este hombre: según Ortega, Domingo de Luna sabía “diestramente juntar con la rectitud de la justicia las obligaciones de cristiano, impidiendo valerosamente los vicios y procurándoles imponer en política y vida cristiana”, razón por la que los coras de Santa Teresa lo “miraban muy mal”.¹⁵⁶ Manuel Fernández, vice rector de las misiones del Nayar en 1724, se refirió a él como “hijo tan fiel a entrambas majestades, que fue el principal instrumento para que el señor gobernador consiguiera esta conquista en descubrir los caminos más a

¹⁵⁵ “Juan Flores de San Pedro concede licencia para que Juan Lobato y sus agregados funden pueblo en Peyotán”, real presidio de San Francisco Xavier de Valero, 26 de abril de 1723, AGI, *Guadalajara*, 109, f. 25v.

¹⁵⁶ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 178.



propósito para tal ardua empresa”.¹⁵⁷ El propio Flores de San Pedro reconoció su importancia al señalar que este hombre “fue todo mi alivio en la conquista”.¹⁵⁸

La lealtad y compromiso de Luna con las autoridades hispanas no pasó desapercibida para los coras rebeldes, quienes intentaron quitarle la vida en 1722, sin éxito. Para fines de diciembre de 1723, Domingo de Luna supo nuevamente de los preparativos de alzamiento de los coras de las misiones de la Santísima Trinidad, Santa Gertrudis y Santa Teresa. Acudió entonces a Santa Gertrudis, donde se encontraba el gobernador Flores de San Pedro, para darle noticia “de la mala disposición que había advertido en los suyos, de los celos y desconfianza con que vivía allí, y que estaba persuadido que le habían de quitar la vida”. Solicitó entonces que se le diera una escolta de soldados para proteger su persona, pero la petición le fue negada. Flores le sugirió que, desde Santa Gertrudis, enviara por su familia para que fueran resguardados en el presidio de la Mesa del Nayar; pero Luna no encontró a quien fiar el traslado de su familia y decidió pasar personalmente por ella. Recién llegado a Santa Teresa, la rebelión estalló: cerca de 100 indios cercaron su casa matando primero a su hermano Estaban; su cuñado Felipe pudo huir dejando solo a Domingo quien, nos dice Ortega “murió por fin despedazado a sus rabiosas crueles manos, el indio mejor que tenía el Gran Nayar”.¹⁵⁹ Su casa, así como la iglesia, fueron incendiados.

El triunfo militar de Juan Flores de San Pedro en 1722 no puede entonces explicarse sin atender a las acciones y reacciones de los líderes coras que tomaron parte en este proceso. Mientras que algunos de ellos decidieron resistir la incorporación plena a la monarquía católica y la reducción a la vida misional, otros más optaron por aliarse con los capitanes españoles y terminaron convirtiéndose en importantes colaboradores tanto en las campañas como en el

¹⁵⁷ “Manuel Fernández certifica el alzamiento de los indios de la misión de Santísima Trinidad”, real presidio de San Francisco Xavier de Valero, 3 de enero de 1724, AGN, *Criminal*, v. 283, exp. 4, f. 342.

¹⁵⁸ “Juan Flores de San Pedro informa sobre el alzamiento de los indios de las misiones del Nayarit”, presidio de San Francisco Xavier de Valero, 3 de enero de 1724, AGN, *Criminal*, v. 283, exp. 4, f. 346v.

¹⁵⁹ Ortega, “Maravillosa reducción...”, p. 209.



proceso que vendría después: la creación de misiones, la reducción de los indios a la vida cristiana y la persecución de los que intentaban huir de ella.

Analizaremos ahora la participación de otros actores centrales en el proceso de conquista de la Sierra del Nayar: las milicias indígenas creadas en los pueblos de indios cristianos para guardar la frontera con los gentiles.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS